

EL COLEGIO DE MÉXICO

*Boletín* 186 *Editorial*

OCTUBRE-DICIEMBRE DE 2022

**MONSIVÁIS**

... EN EL COLEGIO DE MÉXICO ...

# Í N D I C E

Presentación

■ 2

Si alguien sabe dónde  
quedó el presente

■ *Carlos Monsiváis* ■ 4

Tanto bailé con  
el ama del cura

■ *Carlos Monsiváis* ■ 12

De la Santa Doctrina  
al Espíritu Público (sobre las funciones  
de la crónica en México)

■ *Carlos Monsiváis* ■ 20

La toma de partido  
de Alfonso Reyes

■ *Carlos Monsiváis* ■ 36

---

El COLEGIO DE MÉXICO, A.C., Carretera Picacho Ajusco 20, Ampliación Fuentes del Pedregal, 14110, Tlalpan, Ciudad de México, Tel. 555449 3000, ext. 3077

*Presidenta* SILVIA E. GIORGULI SAUCEDO ■ *Secretario general* VICENTE UGALDE SALDAÑA ■ *Coordinadora general académica* ANA COVARRUBIAS VELASCO ■ *Secretario académico* PATRICIO SOLÍS ■  
*Secretario administrativo* ADRIÁN RUBIO ■ *Directora de publicaciones* GABRIELA SAID ■ *Coordinadora de producción editorial* CLAUDIA PRIANI ■ *Editor* ULISES MARTÍNEZ FLORES ■  
*Corrector* ISMAEL SEGURA HERNÁNDEZ ■ *Coordinador de diseño* PABLO ANDRÉS REYNA LEÓN ■ *Coordinador de promoción y ventas* JULIO LEGORRETA BALBUENA

BOLETÍN EDITORIAL, NÚM. 186, OCTUBRE-DICIEMBRE DE 2022

Impresión: Jair Gerardo Seres Hernández, ubicados en Esmeralda 100-303, col. Valle Escondido, 14600, Tlalpan, Ciudad de México, México.

*Formación y diseño de portada*: ROSALBA ALVARADO PÉREZ

ISSN 0186-3924

Certificado de licitud, núm. 11152 y de contenido, núm. 7781, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas el 15 de mayo de 2000; núm. de reserva 04 1999-112513491900-102.



# Presentación



El 29 de octubre de 2008, en el Auditorio Alfonso Reyes de El Colegio de México y organizado por el Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, tuvo lugar el Seminario “Esto no es un homenaje: las tribulaciones de una nación”. En esa ocasión, cinco profesores-investigadores de El Colegio de México: Luzelena Gutiérrez de Velasco, Rafael Olea, Lorenzo Meyer, Ariel Rodríguez Kuri y Roberto Blancarte, abordaron el análisis de temas recurrentes en la muy abundante obra de Carlos Monsiváis, quien participó también, leyendo “unas estampas que me había negado a publicar por su sinceridad y porque de alguna manera me exponen”.

Al final de la reunión, el doctor Javier Garcíadiego (entonces presidente de El Colegio de México) le entregó al no homenajeado una réplica en miniatura de la escultura *Semina motum* del artista Luis Palacios Kaim, la misma que recibe, en tamaño natural, a quienes visitan el Colmex.

Un año después, el 9 de diciembre de 2009, Monsiváis volvió al Colmex, esta vez para participar, con la Conferencia Magistral “Tanto bailé con el ama del cura”, en el homenaje organizado a Alfonso Reyes y el Ateneo de la Juventud.


Este *Boletín Editorial* de El Colegio de México sí es un homenaje a Carlos Monsiváis, quien acompañó a nuestra institución en diversas ocasiones y en distintos proyectos. Como lo recordara Javier Garcíadiego durante el no homenaje de octubre de 2008, Monsiváis fue coautor de uno de los libros emblemáticos de El Colegio: la *Historia general de México*, en el que redactó la

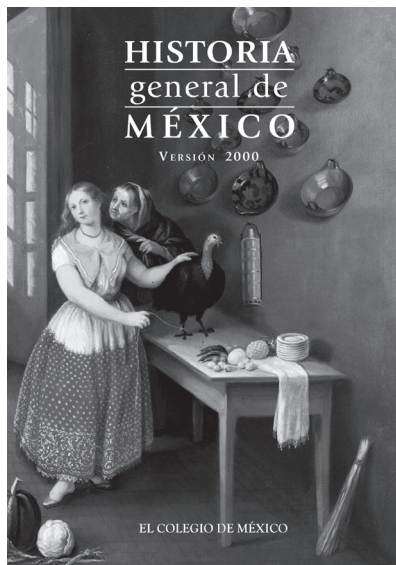
parte correspondiente a la cultura mexicana del siglo xx. Y, de hecho, murió, en junio de 2010, en momentos en los que colaboraba con nuestra institución, pues trabajaba entonces en una reelaboración de su capítulo de la *Historia general de México* para actualizarlo y convertirlo en un texto independiente: la *Historia mínima de la cultura mexicana en el siglo xx*, una de las obras con las que se inició la hoy también emblemática colección de “Historias mínimas”. A pesar de la muerte de Monsiváis, el libro llegó a buen puerto ese mismo año de 2010 gracias al trabajo de ordenamiento y revisión final de la editora Eugenia Huerta y en 2023 alcanzará su quinta reimpresión.

A su participación en estos dos libros imprescindibles de nuestro catálogo, se suma la colaboración de Monsiváis en diversas conferencias y presentaciones de libros, así como en colaboraciones en nuestras revistas, como en la *Nueva Revista de Filología Hispánica* o en nuestro *Boletín Editorial*.

Recordamos a Monsiváis, reproduciendo en este *Boletín Editorial* sus conferencias de octubre de 2008 y de diciembre de 2010, y al rastreo de sus huellas por El Colegio de México agregamos dos colaboraciones suyas en la *Nueva Revista de Filología Hispánica*: “De la Santa Doctrina al Espíritu Público (sobre las funciones de la crónica en México)” (julio de 1987) y “La toma de partido de Alfonso Reyes” (julio de 1989).

Agradecemos el apoyo que nos dio Alma Lucero Chávez (de la Dirección de Publicaciones) en la transcripción de los textos y, para el uso de las imágenes que ilustran este número del *Boletín Editorial*, al Archivo Histórico de El Colegio de México (en particular a María Elena Macorra), el Archivo Fotográfico del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México y el Museo del Estanquillo.

Concluamos esta presentación con palabras de Garciadiego: “Con Carlos Monsiváis nació en México una forma distinta de ser intelectual: crítico, diverso, moderno, enciclopédico, sobre todo, erudito sin solemnidades”, y demos paso a esta pequeña muestra de su genialidad. 





## *Si alguien sabe dónde quedó el presente\**

Estoy lleno de gratitud, que es un sentimiento que suele avasallarme a tal grado que me lleva al silencio, pero como no es ésta la oportunidad del silencio, enumero, desgajo, mi gratitud al doctor Javier Garciadiego, al doctor Rafael Olea, a los otros doctores que generosamente me obligan a trabajar para algún día parecerme a lo que de mí dijeron. Leeré unos textos, unas estampas, que me había negado a publicar por su sinceridad y porque de alguna manera me exponen, pero lo haré porque no me queda otro remedio.

### **El candidato inesperado**

Enero de 1958. El Partido Comunista Mexicano (PCM), en asamblea solemne, vota por lanzar un candidato a la presidencia de la República, desde luego simbólico. “Ya es tiempo, camaradas, de que se contemple el rostro humano de los comunistas, que se vea que somos como todos, aunque mucho más comprometidos con la realidad”. Días después se elige al candidato, un exmilitar villista, el general Miguel Mendoza López, un combatiente que, no obstante su edad (tenía la mía entonces,

supongo), sigue siéndolo y lo es de una pieza con los ideales revolucionarios muy en alto. El general acepta y se fija la fecha de la toma de protesta del candidato: el 6 de febrero de 1958, en el Teatro Lírico, el lugar de las concentraciones de la izquierda.

Once de la mañana; los miembros de la Juventud Comunista estamos impacientes, con esa alegría juvenil que nunca se sabe bien a bien para qué sirve. El secretario general del PCM, el camarada Dionicio Encina, presenta al general; subraya (esto es textual) la afinidad del pensamiento villista con el marxismo leninismo; a lo mejor exagero, pero no creo, porque la dialéctica también ilumina los campos de batalla.

Antes de la toma de protesta, se le da la palabra al militar progresista y, aunque ha pasado mucho tiempo, sigo teniendo esa escena vívida: “Compañeros: me da mucho gusto estar con ustedes luchando por nuestra patria desvalida; qué buena oportunidad estar aquí porque quiero transmitirles una preocupación que traigo en el corazón, aquí, muy dentro; hay un peligro, camaradas, que a todos debe preocuparnos, un enemigo de todos los mexicanos al que debemos enfrentarnos con coraje y prudencia, pero con una decisión que demuestre el origen militar de la República [me quedé siempre pensando en lo del origen militar]”.

Lo que se perfilaba como acto de rutina se transfigura y de pronto todos atendemos al orador: “Supongo que ya saben a qué me refiero, amigos míos; hablo de esas serpientes venenosas, los co-

\* Intervención en el Seminario “Esto no es un homenaje: las tribulaciones de una nación”, realizado el 29 de octubre de 2008 en el Auditorio Alfonso Reyes de El Colegio de México, organizado por el Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, en homenaje a Carlos Monsiváis.

munistas, los subversivos, los envenenadores del alma del pueblo. Compañeros: a detener el comunismo antes de que destruya el país.

Me negué a creer lo que oía: era demasiado; al principio le atribuía un macabro sentido del humor, pero pronto supe que era en serio, que el general Mendoza López era, más que un guerrero frío, un alucinado, y que los camaradas que lo habían entrevistado y que le habían ofrecido la candidatura no habían percibido: *a)* sus vetas ideológicas y *b)* su temperamento binario. En el Teatro Lírico reinó un silencio magnífico mientras el general seguía: “Denunciemos a los comunistas, que el pueblo sepa quiénes son, qué planean; México sabrá recompensarnos, compañeros”.

A continuación, la toma de protesta, aplausos mendicantes, búsqueda urgente de la salida; luego ya pudimos reírnos. Me encantaría decir que fue la última intervención del candidato del PCM; el general Mendoza López participó en varios actos de campaña y en ninguno de ellos se le permitió hablar por su cuenta con estalinista precaución. Esto es cierto y es un episodio que ha desaparecido.

### Teatro sacramental desconocido

Son medievales y posmedievales las representaciones religiosas e incluso comerciales de la pasión de nuestro señor; entre 1920 y 1940 —y aquí va mi sabiduría de internet— recorren América Latina el autor Enrique Rambal, padre del que se conoce, y su compañía, que escenifica “El Mártir del Gólgota”, inspirada en la novela del español Enrique Pérez Escrich, que le infunde dramatismo al hecho místico, agregándole personajes quizá sorprendentes: un centurión romano que se enamora de la joven hebrea, que anticipa un desprendimiento de las distancias no religiosas entre Montescos y Capuletos y, sobre todo, un *suspense* que anticipa a Hitchcock.

Poco antes de la crucifixión, el centurión decide salvar a Jesús, de cuya fe se ha vuelto el primer adepto, y convence a sus soldados para que lo acompañen al rescate. Según las crónicas de la época, el momento es supremo: se oye una voz que pregunta y ordena: “¿Conseguirá el romano Longi-

nos salvar a nuestro señor?, ¿qué pasará en el Gólgota? Confíemos en Dios, hermanos”.

Las crónicas no lo dicen, pero nada impide creer que el tumulto de rezos de ese instante proviene del afán de evitarle a Cristo el tormento y la muerte, que ya ha pasado por eso tantas veces; pero tal vez lo negativo de aquel deseo es que evita el surgimiento de una gran institución. Lo innegable, y las crónicas de México son explícitas, es lo que sucede al pronunciarse las tremendas palabras: “En tus manos encomiendo mi espíritu”. El teatro retorna a su condición original de templo y los asistentes, todos ellos plegarias y llantos, viven e interpretan escénicamente su fe.

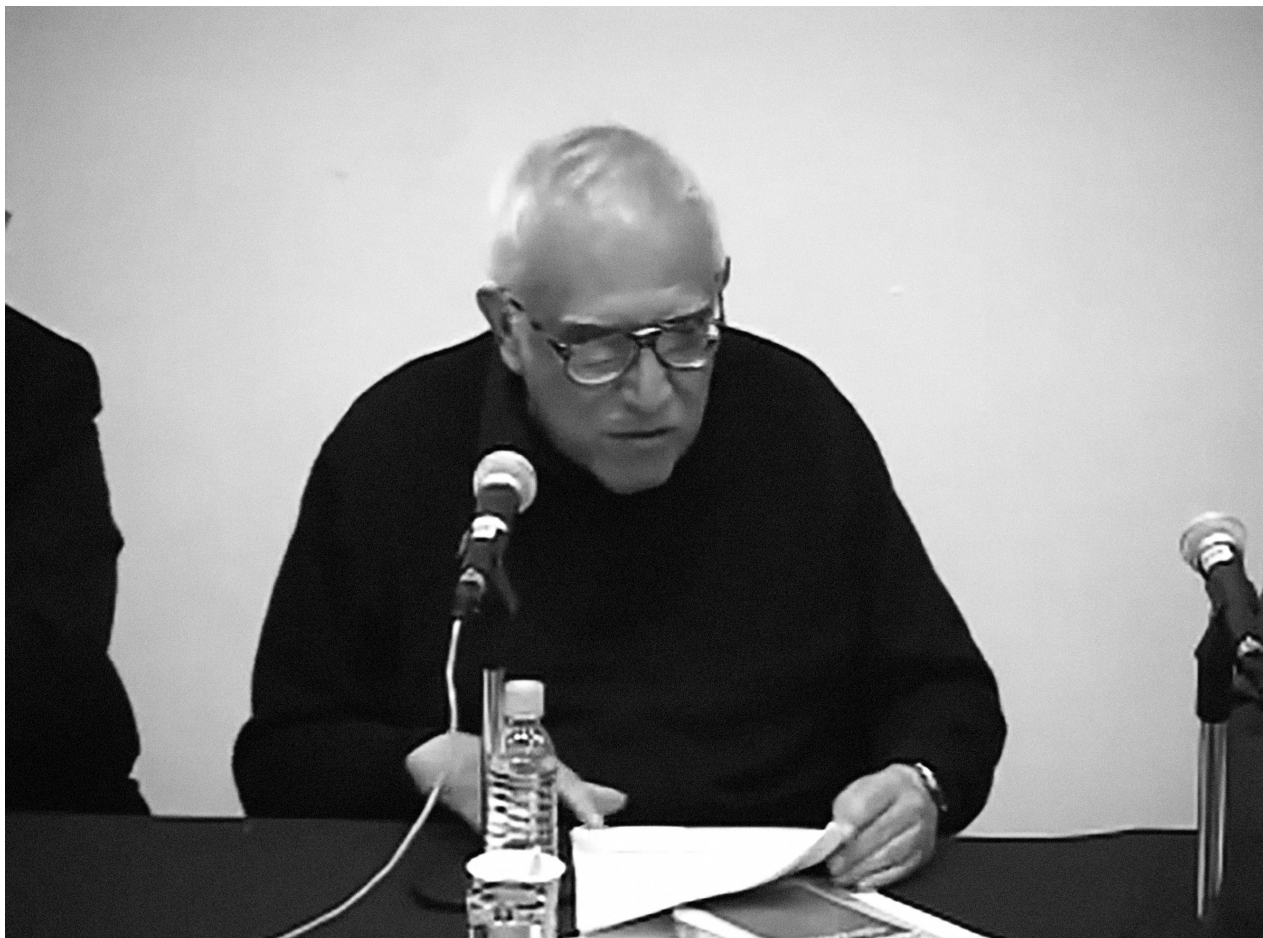
### Del llanto como vertedero del alma

Como todos, dispongo de varios amigos, y en este momento recuerdo un joven que lleva años de asistir a los velorios de personas de las que no tenía noticia previa; el procedimiento es el mismo: él se presenta a las 9 o 10 de la noche en una funeraria, elige una capilla, memoriza algunos datos indispensables y entra lloroso y con ganas de abrazar a los que pueda; entiéndase: mi amigo o mi conocido no es un llorador profesional y los familiares del difunto o de la fallecida no costean sus gemidos. La cosa es más sencilla, él es un desafortunado en el amor y su otra especialidad es aguardar tres horas el arribo de la persona amada o deseada, que, por supuesto, se olvidó de la cita o que desde el principio decidió no ir, y el infortunio sentimental lo aísla muy en serio porque, ya se sabe, más abundan los que me cuentan sus penas que los que quieren oír las mías.

Pobre, pasa que este compañero carece de toda gracia narrativa y, escucharlo, créanme los incrédulos, es un verdadero castigo de Dios; por eso, harto de que sus amigos se ausenten cuando los llama o le cuelguen en el instante que inicia el recuento de otro desamor, ha optado por las funerarias; ahí no lo conocen y el llanto se le facilita y le queda muy bien, a la altura de las mejores expectativas de las familias.

Con el tiempo, insisto en no dar su nombre o un seudónimo porque el anonimato le acomoda el ca-





rácter, este amigo se ha vuelto un experto en catalogar la sinceridad de los deudos: los que sollozan para ver si en el camino se enteran de la índole de sus sentimientos hacia la persona difunta, los que se afligen porque ya ven más cerca el viaje que todos emprenderemos, los que insisten en mantener la serenidad hasta que se descubre que llegaron de acompañantes, los que naufragan en las conversaciones sobre política o fútbol o el escandalazo de la temporada, los que reflexionan sin tregua sobre el sentido de la existencia, los que conocieron bien a quien ya no nos acompaña y, sin embargo, no le guardan rencor.

En los velorios, mi amigo procura estar cerca de aquellos que, por las pruebas visibles, sí estaban próximas a don Desaparecido o a doña Ya se nos Fue; él los prefiere porque no hay gozo mayor en la tristeza que el llanto en compañía; a veces, sus

contradicciones y mentiras amenazan con destruir su estructura melodramática, y ya en una ocasión una madre exaltada advirtió que algo andaba mal: ¿cómo que la vida le sonreía a un perseguido por el narco que lo consideraba un traidor? y lo corrió del velorio, lo llamó espía del Cartel de Huejotzingo y lo amenazó: “Ya los amigos de mi hijo se encargarán de ti, pendejo”, pero él salió corriendo y el episodio no pasó del susto.

Llorar es un placer genial, sensual, sobre todo en los velorios de perfectos desconocidos, cuyos sobrevivientes, al ver el pavoroso estado lacrimógeno de este cuate, tienden a pensar que: *a)* el muerto o la muerta a lo mejor valían la pena, ya que causaban un duelo tan portentoso por lo menos en una persona, *b)* el muerto o la muerta tenían un historial amoroso inexplicable y desconocido y, por lo visto, muy traqueteado, *c)* el muerto o la muerta debieron

ejercer la filantropía del modo más discreto o generoso y por eso desataron sentimientos de gratitud tan sonoros, y el dueño del llanto, desentendido de todo, persiste en los velorios.

En las agencias funerarias, al principio creyeron que se trataba de un estafador y le pusieron vigilancia; luego, ya enterados de que no era un pícaro sino un maniático, le cobraron una simpatía creciente y ahí sigue, abrazando a todos los deudos hasta que se le agoten los gestos que transmiten las inmensas pérdidas en donde se produce la inversión valorativa y el culpable moral resulta una vez más la víctima.

### **El origen de los monólogos populares**

En el taxi, el individuo con el revólver al costado escucha al asaltante al que apenas entrevé y que le ordenó cerrar los ojos, advirtiéndole lo que pasaría si lo miraba; exhorta al taxista, su cómplice, por supuesto, y se sumerge en lo que cabe suponer su monólogo predilecto.

“¡Pórtate bien, cabrón, y te libras de los madrazos! Mira nomás qué buena ropa traes, aunque no debe ser tan buena, puesto que tomas taxi en la noche y eso indica pobreza. Pero si tienes dinero para el taxi es que no te va tan mal, ojete, no que, a mí, ¿a poco crees que me da gusto andar en esto?, corriendo el riesgo de que un pinche día me atrapen y salga mi foto en los periódicos sin que diga el pinche pie de foto: ‘En esta ocasión acompaña al pinche presidente de la República el famoso asaltante que le pide que preste su investidura a ver quién se la compra en Tepito.’ No, ni madres, esto no me gusta, pero tengo necesidades, cabrón, una familia; ya sabes, me calenté antes de tiempo y ahí están los niños y... ¿No traes tarjeta de crédito, cabrón? De veras no traes; a ver, déjame quitarte los zapatos; no abras los ojos o te lleva la chingada que es mi comadre. No, no traes tarjeta; ¡así como quieren que los respeten! Porque todavía los de las dos o tres tarjetas de crédito se sienten nacidos en plástico y como que ir a los cajeros automáticos les da miedo, pero se sienten en su territorio y ahí se emparejan, pero tú, cabrón, ¿ni eso? Eso sí, muy tran-

quilito, ¿qué sabes tú de las necesidades del pueblo, güey, de las hambres y las jodas?; por lo visto, nada, con esos pinches parásitos. A ver, quítate el saco y dame el reloj y las plumas y lo que traigas ¡pero ya, carajo! Debería colgarte nada más de pensar en lo que te sobra y a mí me falta; no chingues, ¿de dónde sacas que vales más que yo, hijo de la chingada?, o quizá lo aprendiste de la satisfacción por tu modo de vida, cabrón. Qué injusticia social. No abras los ojos ahora o te advierto... Qué pinche sociedad”.

Es reconstruido el monólogo a partir de varias experiencias, una personal, otras de amigos; el regaño viene directamente de las exhortaciones sacerdotales combinadas con el habla machista de las películas norteamericanas de alta violencia; se quiere hacer del regaño un monólogo brillante, no de teatro para espectadores insomnes, sino de la escenificación de la conciencia: ni menos ni más. El rehén en el taxi no es el público ni tampoco el taxista ni uno de la banda; el público es únicamente el asaltante mismo que ratifica la superioridad concedida por el arma y, gozoso, reinterpreta su texto de extracción obispal y cinematográfica. El teatro ya no es desde hace mucho el origen de los monólogos populares.

### **El cantante que ofrenda el regalo de su abstinencia vocal**

Cinco de la tarde; en el vagón del metro donde, si se esfuerza, un alma puede caber olvidándose de su cuerpo, el joven con la guitarra se dirige a los presentes que recién han contemplado un faquir que se tiende sobre un lecho de clavos: o es un gran truco o es una ilusión óptica o el faquir es un fantasma.

Con énfasis, el joven anuncia: “Les voy a cantar una canción del gran compositor y poeta del pueblo José Alfredo Jiménez, pero antes les advierto una cosa: no tengo nada de voz y desafino que da gusto. Entonces, ¿por qué canto? Porque no he conseguido trabajo, tengo mujer y dos hijos y me importa que coman. Así es, y no quiero sus miradas de lástima; le debo mi pinche situación a quien ni ustedes ni yo hemos podido hacer nada contra este gobierno y eso nos trae jodidos, la impotencia de



mierda en la que nos movemos. ¿Nos movemos? Nos quedamos quietos, carajo, y por eso ustedes perciben sueldos de hambre y yo ni sueldo recibo. Y no me salgan con lo de 'trabaja, güevón,' porque, aunque quisiera, para cualquier empleo te exigen una carta de recomendación del presidente de la República y del papa. No, no se volteen: véanme de frente; les voy a cantar la maravillosa 'Paloma querida' de nuestro José Alfredo, aunque ya les advertí que cantar no es lo que sé hacer y ustedes van a darme cualquier cosa y con esa limosnita hoy cenaremos en mi casa lo que sea y ustedes se olvidarán de mí nomás salgan del vagón, como borran todo de su memoria para no acordarse de su condición de explotados. Y, bueno, ya se las hice cansada ¿no?, ahí les va... ¡Chin! Ya llegamos a la otra estación y mejor denme algo porque de otra manera les canto y tengo una vocecita de la chingada y no, no es un asalto de la bolsa o del oído, pero cooperen, cuates, y además con eso ayudan a unos todavía más jodidos que ustedes y no me escuchan asesinar una canción del gran José Alfredo Jiménez, el poeta de México.”

Dios no juega los dados, pero la imagen que las personas tienen de ellas mismas sí que lo hacen.

### **De cómo el confesionario se extiende hasta cubrir América Latina, el mundo y sus alrededores**

Los *talk show* han sido por años el método que a muy bajo costo incorpora la vida cotidiana en la televisión. Todo es sencillo y directo; se plantea el tema osado, audaz o más bien excéntrico, en relación con las virtudes de la familia, la pureza, la persona; se eligen 6 o 7 participantes de los muy convencidos de que la realidad más real es la suya; el procedimiento hace a un lado el pudor y el rubor, y los temas son variadísimos: las mujeres que se avergüenzan de sus senos enormes y hacen rifas para conseguir el dinero de la operación disminuidora, las jóvenes que tienen un marido stripper en un *chipendale* y no se encelan porque duermen con el marido totalmente vestido a su lado, las mujeres que adoptan una nueva religión y son felices hasta descubrir que su suegra también se convirtió y pertenece a su iglesia,

las mujeres policías que golpean más a los detenidos para que no se les ocurra faltarles al respeto, las señoras o los señores que han sorprendido a su cónyuge en adulterio flagrante y sólo ante cámaras se lo reclaman mientras el público enardecido se pronuncia como en sesión de lucha libre.

Reproduzco ahora una de las intervenciones de un programa que supongo convencional, el dedicado a las mujeres con siete o más hijos que confiesan los problemas para educar a su progenie; el programa es de agosto de 1998.

### *Mujer fecunda*

Tengo nueve hijos y de ellos seis son hombres y tres son mujeres, y yo les digo, y te digo a ti [el nombre de la conductora], que no supe qué hacer con tantos. No digo nada de Dios que me los dio, bendito sea, pero sí de mi marido, necio con lo de que cada hijo trae su pan; si vieran que no.

El problema cuando son chiquitos es menor porque es de ropa: los mayores se la heredan a los que siguen; y es de escuela, y los libros de texto no cuestan; y es de diversiones, o se conforman con la tele o se suben a la azotea a clasificar estrellas. El problema es después, cuando comienzan los noviazgos y las reclamaciones.

A las tres hijas las casé pronto en cuanto me dijeron que ya se habían comido el pastel, y entonces mi viejo y yo fuimos a la casa de los papás de cada muchacho y les dijimos: o se casan o se casan, y vinieron las bodas, que sí nos costaron, pero ya tres bocas menos se aprecian. Cuando dos se divorciaron y quisieron volver, les dijimos: “hijitas, aquí no caben y menos con las criaturas”, y se acomodaron en algún lugar, y si nos descuidamos nos visitan los domingos, aunque amor sí les tenemos.

No, el problema son los muchachos, porque nomás les entran las ganas y te quieren sacar dinero para las fiestas y el hotel y los condones y todo. Un día, el que estudió en la universidad nos salió con que pusiéramos para el orgasmo feliz sin consecuencias demográficas, ¿y nosotros de dónde y por qué? Comida que no les falte, pero lo del colchón es asunto suyo.

Al principio les dimos a los dos más mayores, luego más nunca, y entonces a mi esposo (que es un vegetal el pobre; estoy convencida de que no me engaña: termina el trabajo y ahí está en la casa ante la tele como poste de guardia) y a mí nos dio por examinar las estadísticas y leímos muchísimo las revistas. De cuatro varones nos tocarían dos muy correctos que pedirían a la novia, se casarían, pondrían su departamento y etcétera; uno sería un loco que se iría con la muchacha y luego ya se casaría o se pelearía, pero todo más o menos bien; uno de los mayores se iría de la ciudad, mandaría cartas y hablaría cada año por teléfono, y un día regresaría con su compañera, que parecería su mamá (otra mamá, porque yo no estoy tan gorda) o su hija, y nos daría gusto y se largaría cuanto antes.

El cuarto sería el problema porque, según las estadísticas, tendría que ser gay, como dicen ahora, y eso sí que no. Y nomás leímos las estadísticas y nos pusimos a espiar a los cuatro a ver cuál nos resultaba raro y oírles las llamadas y fijarnos en la voz de sus amigos y revisar los pantalones y examinar las revistas que traían... y nada, ninguno daba el color suficiente y este problema nos aflige: ¿no será que no uno, sino los cuatro hijos son de clóset como dicen ahora? A ver, por favor, *denmen* su opinión.

### **De la religión de la autoayuda a la que le faltará todo menos la actitud devocional**

Los religiosos usan lo tradicional, el credo, para poner al día lo esencial: la mercadotecnia. Si Jesús es el vendedor más grande del mundo, lo dice Og Mandino, lo es, aseguran los que saben, porque utilizó para deleite de las generaciones la gran mercadotecnia de su época: los milagros y las parábolas que parecen milagrosas. Eso lo saben en México grandes gurúes del tipo de Carlos Cuauhtémoc Sánchez y Miguel Ángel Cornejo, especialistas en performances para religiosos que confirman la cualidad de los rituales del siglo XXI, a la vez seculares y sagrados, en proporciones a lo mejor desiguales.



Carlos Monsiváis recibe una reproducción de la escultura *Semina motum*, del artista Luis Palacios, el 29 de octubre de 2008.

### *El vendedor más grande del mundo*

Queridos hermanos:

El Señor y su Madre, la incomparable Virgen de Guadalupe [fueron notas, no traía grabadora, pero más o menos], quieren de ustedes no lo bueno sino lo mejor. Que levante la mano el que quiera lo mejor que Dios ofrece. ¿Todos? —le pregunta a una asistente—. Sí, así es, todos quieren lo mejor [aplausos]. Y para obtener lo mejor, ¿qué tienen que dar a cambio?, ¿dinero? No del público. ¿Influencias con el gobierno? No rotundo. ¿Llenar formularios burocráticos? No entusiasta. Claro que no y mil veces no; lo que les toca dar a cambio es la voluntad de que Dios los alcance, y no por estar aquí, sino porque esto tiene que ver con la vida de ustedes. Les recomiendo mis libros *Juventud en remolino I, II y III* y *Arrepiéntete antes de pecar* [aplausos; se oye un murmullo]. Aquí mi hermano me recuerda el hermoso libro de doña Josefina Vázquez Mota; el libro se llama *Dios mío, hazme viuda por favor*, viuda del egoísmo, viuda de la falta de piedad; a leer y a levantar sus plegarias. A ver, ¿cuántos de ustedes tienen hijos? —pregunta a los asistentes—. Como el 60%, ¡qué maravilla!, creced y multiplicaos, dijo el Se-



ñor. ¿Y cuántos tienen hijos adolescentes? —revisa las manos alzadas—. Muchísimos; una edad difícil, la de las tentaciones, la edad en que el diablo se disfraza de discoteca o de la oscuridad del cine o de esos administrículos que llaman preservativos, ¿verdad? [murmullos de asentimiento]. ¿Y a qué horas llegan sus hijos a la casa? [respuestas variadas]. ¿Y eso les preocupa? [voces afirmativas]. Tienen razón; por eso, para que se presenten a buena hora, deben darles el ejemplo; ustedes, padres de familia, acuéstense temprano; si pueden a las nueve de la noche, perfecto; si no pueden por el trabajo, a más tardar a las diez. Si sus hijos llegan después, encontrarán su recámara con la puerta abierta y las luces apagadas y recibirán la lección más hermosa; les aseguro que pronto entrarán en competencia para ver quién se duerme primero. ¡Qué estupendo! Primero la castidad y de ahí la calidad de vida. A ver, con las manos en alto y unidas a las de sus vecinos, a ver, levanten muy alto las manos.

### Se rifa una dedicatoria de suicidio

Una tarde triunfalista en una colonia restaurantera de la Ciudad de México; los restaurantes están que no cabe absolutamente nadie, ni un alma, ni un símil, y en una calle cercana a la zona dorada, los restaurantes se multiplican como si fueran panes y peces.

Se oyen voces fuertes; una mujer pide auxilio; la gente corre; algunos regresan precipitadamente a sus mesas y se vuelven a ir con sus amigos. Los meseros quieren controlar el éxodo y acuden a toda su disciplina corporal para mantenerse en sus sitios, desesperados. En el balcón del tercer piso del edificio, un hombre de unos cuarenta años anuncia su decisión: va a renunciar a su existencia y antes de hacerlo explica el motivo: lo corren del edificio, no tiene a dónde ir, la expulsión es una canallada; además, con su acto se propone hacer una contribución mundial; lo va a dedicar, alega, como si fuera una obra de arte que es lo que va a hacer. “Durante siglos la humanidad ha desaprovechado la oportunidad extraordinaria de convertir los

suicidios en piezas únicas y al quitarle el sentido estético a estos finales por voluntad propia, se les condena a ser meramente circunstanciales; mi suicidio será el primero que se dedique como una pieza de colección”.

Desde abajo la multitud se enardece:

—¡Payaso!, ¡ya bájate, pendejo!, ¡no nos quites el tiempo!

El casi agonizante se ofende:

—¡Váyanse al diablo!, yo no les pedí que vinieran; lárguense a ver cómo se asfixia su madre con el gas [más gritos, rechiflas].

Insiste:

—Imagínense, si los suicidios pudieran llevar dedicatoria, los que se van de este mundo tendrían que esforzarse y ser más imaginativos: nada de pastillas ni de un balazo en el corazón [insultos].

—Oye, ¿a poco tirarte de un edificio es muy original?

Una señora explica:

—Es que el casero ya le pidió el departamento porque hace un año que no paga y hoy llegó con un actuario, un policía y unos cargadores; le querían sacar los muebles a la calle, los vio llegar y se encerró, y luego salió con su numerito; lleva ya como media hora en el balcón.

Se presentan los bomberos, hay reporteros, una legión de fotógrafos, camarógrafos de Televisa y TV Azteca. Desde un balcón cercano, lo entrevista un reportero de radio:

—¿Por qué se priva de la vida si se puede ir a otro edificio?

—Porque me da la gana, que es un derecho ciudadano, carajo, y porque alguien debe enfrentarse a estos parásitos capitalistas y echarles en cara la explotación a que nos sujetan; estas rentas son un robo y además el rumbo no es nada seguro.

—Pero tengo entendido que tú tienes mucho tiempo de no pagar.

—No me hable de tú que a un moribundo no se le falta al respeto.

—Está bien, señor, pero ¿por qué mejor no organiza un movimiento contra la especulación urbana?

—Porque no nací para líder y me conformo con ser mártir.

Guarda silencio en un momento y grita:

—Pueblo de México: le pensaba dedicar mi suicidio al casero para mancharle de sangre su navidad, pero mejor te lo dedico a ti, que dejas que te exploten los buitres y los escorpiones. Responde con dolor a mi dedicatoria.

Desde abajo, un hombre como de sesenta años lo increpa:

—No sea usted animal, Dios nos prohibió quitarnos la vida y quitársela a quien sea.

—Dígaselo a Bush, viejito.

—No hable de los gringos ni politice este momento, la vida es sagrada.

—Si es sagrada, a mí me vale madre, es mi único patrimonio y lo voy a usar creativamente, como una obra de arte, repito.

Entra un momento y pone un disco de María Callas:

—Qué bella es esta música, un ángel entona un área, ahora sí, voy a proceder.

Un grupo de jóvenes comienza a gritarle:

—No le dediques tu suicidio al pueblo, dedícame: yo sí te entiendo.

—A mí, compadre.

—No, a mí.

—A mí, que hago instalaciones.


La riña por la dedicatoria prosigue; algunos se fastidian y se van; los camarógrafos se divierten; nadie toma en serio el suicidio. De pronto, un gran silencio; el hombre parece decidido; la burla se transforma en espanto. Unos minutos más tarde, se abre la puerta del edificio y el suicida fracasado aparece custodiado por policías; esta noche no se contempla su imagen en los noticieros, no es noticia. Al día siguiente, ni una línea en los periódicos, ya basta de localismos.

### **San Judas Tadeo. La necesidad crea el culto**

El 28 de cada mes, en el templo de San Hipólito, en avenida Hidalgo casi esquina con Reforma, se congregan los fieles de San Judas Tadeo, que, hasta

hace relativamente poco tiempo, gozaba del prestigio oscuro de los bienaventurados sin clientela y que, dada su fama de abogado de los imposibles y proveedor de soluciones inesperadas, consolida una legión de seguidores que crece cada mes.

Este año, ya con la crisis encima, a San Judas Tadeo le llega la gran inundación de fieles, en su mayoría adolescentes y jóvenes que llevan sus estatuas de yeso de distintos tamaños; sus relicarios se engalanan con variedad de collares; agregan a las imágenes vírgenes de Guadalupe o letritas de adhesión y amor. No le dicen “tú puedes” y se hace un milagro que sitúa a San Judas Tadeo en las lecciones de la autoayuda, pero algunas ventajas tiene el ascender a los altares; en cambio, a estos jóvenes —aquí es ya raro alguien de 30 o 40 años de edad—, la fe de pronto les pertenece y por eso caminan desde el Estado de México, desde San Ángel, y llevan palmas y burritos virtuales, y son felices, aunque no jacarandosos, en el metro, en el desfile por las calles, en las concentraciones en la avenida Hidalgo, en las ventas de San Juditas que alternan con la Santa Muerte en expresión solemne de quienes se han enterado tarde de la fe, pero ya no la quieren soltar; es suya de modo único, la pueden compartir con la morenita del Tepeyac, pero no con los rituales y los santos de siempre.

Si uno está enfermo, si una está embarazada o a saber de quién —la anunciación le toca a la buena voluntad de lo promiscuo—, si no hay empleo, si no hay chamba, si no se localiza un buen jale, qué se le hace, pues ponte guapo, San Judas Tadeo, presta pa' la orquesta del desahucio; si tú nos fallas, ya no volveremos a confiar en santos un tanto oscuros; reivindica el santoral, queremos salud, queremos empleo, queremos un depto; háznosla buena san J. T.; no nos dejes caer en el trabajo intenso que es buscar trabajo; ahora o nunca, recuerda que el próximo 28 vendremos de nuevo; ya somos cuates; interpreta nuestro silencio, date cuenta que te preferimos sobre todos; consigue lo imposible y empléanos. ¿Qué te cuesta?, tú eres el santo y el presidente del empleo. 



## Tanto bailé con el ama del cura<sup>\*</sup>

Muchísimas gracias a El Colegio de México por darme la bienvenida otra vez. Ahora que estábamos aquí, me acordé de una vez que fuimos José Emilio Pacheco y yo a visitar a don Alfonso en la Capilla Alfonsina, un poco temblando, debo admitirlo; en algún momento, él nos dijo —me imagino que con sorna o con una ironía hospitalaria, si el término vale—: “Háganse de una buena biblioteca por si tienen mala memoria”. Creo que había maldad en esas palabras.

Efectivamente, me entusiasmé cuando se me hizo la invitación a dar esta conferencia y el entusiasmo se me fue cuando releí en la mañana mi texto, pero, bueno. Elegí varios temas en la obra de Alfonso Reyes.

1. La sensualidad. En numerosos textos de don Alfonso Reyes, se advierte la alegría simultánea del tema y de la escritura, de la felicidad de escribir y del gusto por acercarse a lo corporal, no al grado de repetir el aforismo de los Siglos de Oro: “Cuando la gana llega, la gana gana”, pero sí de vivir rigurosamente el desenfado. De ahí el alborozo que le provoca la literatura del Medioevo tardío con su picardía burladora de la censura, sus ritmos verbales y la sensación de comunidad al borde de recomen-

zar la fiesta. De ahí también el uso reiterado en sus artículos del dístico “tanto bailé con el ama del cura/ tanto bailé que me dio calentura”. Esto recibe también Reyes de la tradición clásica: “el gozo del clero cachondo”, como dijo Aristótil: “cosa es verdadera, el hombre por dos cosas trabaja: la primera por aver manteneñia, la otra cosa era por aver juntamiento con fembra placentera”.

En lo tocante a su vida sensual, Reyes es, en los textos hasta ahora conocidos —ya leeremos el *Diario*—, supremamente discreto, no tanto por el miedo a la sociedad mojigata, que no creo que le importase, como por el amor a las reverberaciones de lo implícito.

Consigno ahora una de sus “Cuatro soledades”:

Los tiernos ojos del niño  
que me prestaban su luz.  
Los graves ojos del mozo  
que se abrieron a la vida  
como quien mira su cruz.  
Reposo, abrigo y solaz,  
mano fuerte, dulce faz.  
Todo lo sumabas tú,  
todo lo he perdido yo  
desde que vivo tan lejos,  
tan lejos de tu virtud.  
Tu virtud brotó de mí,  
largo alarido de sed:  
que sólo engendran su sueño  
un hombre y una mujer.

\* Conferencia magistral dictada el 9 de diciembre de 2009 en la apertura de los trabajos del Homenaje a Alfonso Reyes y el Ateneo de la Juventud, realizado en la Sala Alfonso Reyes de El Colegio de México.



Foto: Archivo Histórico de El Colegio de México.

Todo lo tenías tú.  
 Y ahora que te me alejas  
 ¿qué voy a hacer?  
 Entre libros y entre gentes  
 ¿qué voy a hacer?  
 Entre pasiones ajenas  
 ¿qué voy a hacer?  
 Entre ciudades y ruinas  
 ¿qué voy a hacer?

Reyes presume que su escritura demanda y requiere de los matices y la sutileza; ser obvio, en su caso, equivaldría negar el derecho del lector a emitir las sonrisas de entendimiento y de malicia complementaria. El desbordamiento se da en la resonancia del motivo de cada escrito, el yo real, el yo literario, el yo que experimenta con la forma, el yo que vive la alegría de presumir sin presumir, de jactarse no de la proeza sexual, sino del método donde la insinuación es todo y donde lo que no se consigna revela la gracia del poema "Coplas".

Andabas con sed de gozo,  
 como hija de la pena.  
 ¿Sí o no?  
 Y yo, debajo de tu rebozo  
 me pasé la Noche Buena.

Y se presenta también el juego y el desenfadado que apenas toma en cuenta la solemnidad bien portada que entonces se le atribuye a los famosos:

Cuando, entre burlas y veras,  
 suelta la noche sus gatos,  
 ¿qué conquista se propone,  
 qué batallas ni que asaltos?

Rueda, imantada, la luna  
 encima de los tejados.  
 Se apaga tu luz, Yo espero.  
 Yo espero, y pasan los años  
 ¡tan callando!



Foto: Archivo Histórico de El Colegio de México.

En la vida de Reyes esto de seguro no es cierto; en la literatura, qué notable esta discreción que hace que el lector por su cuenta se vuelva el verdadero sicalíptico.

2. Las reverberaciones de la fama. En la primera mitad del siglo xx, los escritores en lengua española conocen la celebridad más por la noticia pública de su profesión que por sus escritos; esto lo reconoce Reyes en uno de los escasos textos en donde alude a la recepción de la obra con un franco sarcasmo, “Desconcierto del poeta”:

Atónito, el poeta surgió desde sus mares,  
 enredado de algas;  
 mas la fosforescencia que tenía en los ojos  
 no lo dejaba ver.

Hecho a su reino acuático,  
 el aire le agrumaba la garganta,  
 y quería nadar por el espacio,  
 dando sólo traspies.

Lo rodeó la multitud a gritos,  
 y creyó ensordecer.  
 Lo coronaron de guirnaldas ásperas,

y creyó que le echaban cadenas de laurel,  
 cadenas en las sienas, las peores cadenas,  
 que ya nada dejan entender.

Y dijo a la sirena:  
 —Huyamos prontamente a donde no nos vean  
 (La sirena era su mujer);  
 tornemos a las grutas de ámbar cristalino  
 y al mar color de vino  
 que se solaza en los amaneceres  
 cuando, a la fresca, burbujea el pez  
 “y arráncame estas trenzas de laureles que me  
 arañan la piel”.

Al llegar aquí, recuerdo inevitablemente las líneas del poeta Renato Leduc:

Cuando seamos clásicos y la gloriosa  
 juventud nuestros nombres vitupere  
 si alguna vez a pronunciarlos osa...

Prosigo. En la obra de Reyes se distingue la vocación de clásico, lo que en este caso específico quiere decir el verter una gran cultura literaria en la vivificación constante del idioma y en la proveeduría de estímulos para los lectores; pero esta dimensión



de lo clásico acepta que los demasiados laureles atenúen el despliegue de los impulsos; por un largo tiempo, el qué dirán se infiltra entre los honores del reconocimiento.

3. El humanismo y el temperamento civilizado. El humanismo de Reyes es el espacio de su dimensión laica. De este modo, también la afición por Grecia le resulta fundamental para disipar las brumas de la contrarreforma que hay en la sociedad que le rodea: Grecia, sus mitos, sus estatuas, su pensamiento filosófico, sus leyendas, todo lo que contribuye al humanismo, opuesto a la tiesura de la herencia de los siglos XVIII y XIX de España. En la carta a Pedro Henríquez Ureña del 21 de enero de 1908, Reyes le cuenta:

Aquí, no sé si te habré contado, me han confesado con tristeza que ya no entienden mis versos. Por supuesto que mi papá [el general Bernardo Reyes] no dice eso, pero lo da a entender. Nada menos el otro día le recité mis sonetos a Othón y cuando oyó:

¡Othón ha muerto! Lleguen al vecino  
sepulcro, a diario, las campestres diosas,  
ellas por siempre mantendrán las losas,  
de miel regadas y de leche y vino

se extrañó de la imagen final y sólo la admitió cuando le expliqué que no era invento mío, sino costumbre griega. Entonces me dijo que, cuando eso se publicara, había que explicar la cosa en una nota porque resultaba *¡muy raro!* Imagínate lo que sentiría dado el concepto que tengo de *mi general*.

Supongo que el general quería disipar sospechas. En los escritores de esos años, a la incompreensión de los que no los frecuentan se opone la fuerza de los grupos que antes que ninguna otra cosa garantizan un mínimo de atención; el *me lees, te leo* es una garantía mínima de comprensión y estoy convencido de que en Reyes, por lo dicho por Javier Garcíadiego de su amistad con Pedro Henríquez Ureña —que para Reyes, en primer término, la amistad con Henríquez Ureña era la gran proyección de salud mental—, la norma era nunca ob-

servar la realidad así nomás, sino con la mediación de las referencias clásicas; lo vital es lo diverso y viceversa, y un escritor en serio no debe ser ni complaciente con lo que lee ni autocomplaciente con lo que escribe. Sin ampliar los placeres de la lectura de la divulgación, del estudio, del acto creativo, Reyes, como Henríquez Ureña, se sentiría sujetado al medio ambiente. Convencidos de que la literatura clarifica la existencia, ejercen la lealtad a sus vocaciones en un ámbito que oscila entre la frustración y el autoengaño, y se proponen rescatar el humanismo de la erudición mecánica de los conservadores y el sectarismo de los revolucionarios. Sus ideales son transparentes, la fuerza integradora de la cultura, el lector como el ser autónomo por excelencia, la universalidad del conocimiento como el ideal más verdadero.

Para mí, escribe Henríquez Ureña en 1907, “una intimidad ha de comenzar en el acuerdo intelectual”, y esto lo dice en la región donde los ateneos son la representación almidonada del espíritu; al sueño intelectual lo construyen la atención a las obras de los demás, el rechazo de la improvisación y la frecuentación simultánea de la poesía en la narrativa, la historia, el teatro, el pensamiento y la mitología grecolatinas, las obras maestras del Renacimiento y de la Ilustración, la filosofía clásica y moderna, y las literaturas francesa e inglesa.

De acuerdo con sus premisas, ¿cómo cristaliza el temperamento civilizado entre las imposiciones de la barbarie o de la indiferencia, tan presentes en los escenarios de México y América Latina?

En primer lugar, y sin así decirlo, se califica a la política de usurpación de la vida normal de las sociedades; en segundo lugar, se indaga en los niveles de civilización en México y para ello se recurre al cotejo de culturas; en tercer lugar, se extrema el cuidado de la forma, que es respeto a la perfección de las ideas. La claridad expresiva es una cortesía del intelecto, sería la conclusión de Reyes. Y, por último, se experimenta con la certeza múltiple: el arte es o puede ser radical, en el sentido de ir a la raíz de lo humano y de la creación de formas, y de esto depende en buena medida la disolución de los estereotipos y los prejuicios sociales; además, y estas certidumbres son primordiales, la sensiblería y la

demagogia falsifican la experiencia real; la identificación de belleza y verdad es racional y es mitológica, y el que defiende el lenguaje y no condesciende a la vulgaridad es, en lo esencial, un patriota.

También del humanismo recibe don Alfonso la lección de trabajo unitario que tanto se opone a lo que él vive cotidianamente:

Goethe no sólo me inspira, no sólo me ayuda a entender ciertos ideales míos, sino que da el mejor retrato de mis defectos y el cuadro de los peligros que me amenazan. Él se libró a fuerza de genio. Yo sólo puedo librarme con paciencia y con diligencia. He aquí a lo que quiero referirme particularmente: el tomar el arte como una parte de la vida, trabada en todas las cosas de la vida, despedaza la obra y la convierte en un montón de ensayos fragmentarios. Así en Goethe. Así en Vinci, enfermo de la misma salud (si vale hablar así). Yo me muero de notitas. Quisiera, en un gran desperezo, organizar todo.

4. La política. Tres tiempos de la relación personal de Reyes con la política. El primero, el presente en su texto *Oración del 9 de febrero*, de manera subterránea en *Ifigenia cruel* y en declaraciones, en sus artículos, en sus ensayos, como “para mí terminó la historia el día de la muerte de mi padre”, en un texto autobiográfico de 1925 escrito en tercera persona y que analiza muy bien Rogelio Arenas Montiel en *Alfonso Reyes y los hados de febrero*. Reyes describe el proceso de su vida cotidiana cuando, entre locuras y aberraciones, sobrevino el cuartelazo de 1913, en el que el general Reyes, sin saber cómo ni para qué, perdió la vida. Alfonso siguió trabajando en Altos Estudios dominando su duelo y cerrando el oído a todos los que se pretendían testigos de la fatal escena y querían contarle quién había disparado, pues Alfonso, así como cerró los ojos ante el cadáver de su padre para sólo conservar el recuerdo de su padre vivo, no quiso manchar su conciencia con ninguna preocupación vengativa. Alfonso no sabe ni quiere saber quién disparó y considera su inmensa desgracia como un cataclismo natural ajeno a la voluntad de los hombres y superior a ella.

El segundo tiempo de apreciación de la política se produce en su etapa diplomática, cuando le

es preciso, por oficio y por convicción, defender la Revolución mexicana. El 24 de agosto de 1927, la revista *Nosotros* le ofrece a don Alfonso la bienvenida de los escritores argentinos; en su discurso, Reyes explica su destino sonriente: “A mí, hombre acaso nacido para la amistad”, y da cuenta del porqué un grupo de escritores aceptó gustosamente la condición de enviados del régimen:

¿Qué me arroja, qué me impele a esta vida que tiene tanto de vagabunda? ¿Qué fuerza, qué sed me lleva y trae en el torbellino de esta gitanería dorada de la diplomacia? Yo era hombre de libros, hombre para estudio recogido, para el retraining de las musas bibliotecarias. Pero el mundo no se estaba quieto: se oían gritos en la calle y ¡mal haya el que cierra sus puertas cuando alguien afuera llora o ríe! ¡Mal haya el que pueda vivir contento o cómodo siquiera cuando al lado sufren los suyos! Mi país necesitaba de todos, hasta del más humilde peón o el más humilde discípulo de las letras. Cada uno ha puesto a contribución lo que tenía: unos el cuerpo, otros el alma; agua y fuego; tierra y aire, amor y hasta rencor. Y los últimos, los que sólo sabíamos casar unas palabras con otras, salimos a dar la noticia, a contar el caso: a solicitar la amistad y el interés de los pueblos —todos somos de la misma carne— por un pueblo que sufría y que no se daba por vencido, por un montón de hombres que habían acertado a poner sus manos sobre las interrogaciones más crueles de su historia.

Reproduzco en extenso este fragmento del discurso porque, como en ningún otro texto de Reyes, define su compromiso con el país y con la Revolución, de la que intenta borrar toda sombra de violencia salvaje. Así, en un texto de abril de 1928, al dársele a una calle de Buenos Aires el nombre de Calle de México, Reyes enfrenta suavemente las resonancias terribles de la Revolución: “Ninguna de las estrellas del cielo se ha extinguido por el hecho de que el pueblo mexicano esté resuelto a procurar que la vida humana sea más digna de ser vivida, más justas y más piadosas las instituciones”.

En el tercer momento, concluido el deber diplomático, Reyes ya no es tan efusivo con la Revolución mexicana y, más bien, se hace cargo de las



Foto: Archivo Histórico de El Colegio de México.

distancias. En el “Discurso por Virgilio”, ese bello texto que hermana abiertamente la reforma agraria del presidente Plutarco Elías Calles y la lectura de las Geórgicas, Reyes vuelve al alejamiento: “Tomar partido es lo peor que podemos hacer. Es mucho más legítima la esperanza en ‘la raza cósmica’ de Vasconcelos; la fe en ‘la cultura humana’ de Waldo Frank. Adoptémoslo todo y tratemos de conciliarlo todo. Aquello en que no haya conciliación será equivocado y de ello podremos prescindir a la izquierda y a la derecha.”

5. La estatua, tan poco visitada. Un error de perspectiva fácil de aclarar: se dice que hoy apenas se lee a don Alfonso Reyes y lo cierto es que siempre fue así, con la palabra apenas repartida en ediciones de 500 ejemplares, títulos que en los círculos especializados a veces sí se leían en su integridad, recuerdos difusos de algún artículo o un poema leídos con satisfacción culpable; un placer clandestino es tam-

bién aquel que, por formación o historia del gusto, no le corresponde a una persona; ¿cómo aceptar que se leyó con delectación un poema si se viene de los desasosiegos de la prensa deportiva y las tormentas políticas a la obra de Reyes —quizá la excepción sería la *Cartilla moral*, que si se difundió masivamente—? A la obra de Reyes se le conoció someramente y hoy su lectura es un secreto en voz baja —aquí ya se vuelve un gusto en voz alta— de los estudiantes y de los especialistas en hallazgos de tesoros literarios. Eso no justifica en lo mínimo a Julio Cortázar, que habla de Reyes como alojado en su tiempo muerto. Al respecto, don Alfonso nunca se engaña; a veces se me ocurre que en cierto olvido de la utilidad, los libros no podrían ser apreciados; el anónimo cardenal a quien cita D’Israeli (*Miscelánea*), ha puesto el dedo en el misterio cuando llama el libro de Montaigne *Breviario de los ociosos*.

Ahora bien, entregarse a esta receptividad absoluta para no ahuyentar a la Eurídice que duerme



entre las páginas es cosa difícil; el libro, como la sensitiva, cierra sus hojas al tacto impertinente; hay que llegar hasta él sin ser sentido. ¿Cuántos lectores de esta índole se encuentran? Reyes debe de ser leído, pero también ser entendido y ¿cuántos disponen de tiempo para el breviarío de los ociosos?

Intermedio para humanizar más, por si hiciera falta, a nuestro personaje. Entre 1936 y 1938, Alfonso Reyes fue embajador de México en la Argentina; notorio *ladies'man*, el gran escritor y erudito se enamoró apasionadamente de una gran actriz porteña, popularísima en el Teatro del Boulevard y que más tarde renovaría ese éxito en el cinematógrafo. Don Alfonso no se ocupó de ocultar la relación y aparecía a menudo en público acompañado por la burbujeante rubia. Para la diplomacia de la época, esa desaprensión era censurable y el embajador fue advertido de su imprudencia, en una conversación telefónica amistosa, por el ministro de Relaciones Exteriores de su país; observó la discreción pedida durante unas semanas y volvió luego a su vida habitual. Una segunda advertencia llegó muy pronto en una carta adornada por mucho recaudo amistoso y efusivas expresiones de respeto intelectual y encabezada por un sello que la declaraba confidencial; la siguió un nuevo periodo de recato y un nuevo regreso a la indolencia. Como en los cuentos más tradicionales, un tercer definitivo mensaje apuró la conclusión; su forma habría sido la de un telegrama como sólo un presidente puede enviar a través de los servicios telegráficos normales: la embajada o la puta: Cárdenas (Edgardo *Cozarinsky*, *Museo del chisme*; fuente oral: Victoria Ocampo, Buenos Aires, circa 1970).

¿Cómo se garantiza la perdurabilidad de un escritor? Evito ya la mención de un ecosistema literario en desgracia: la inmortalidad. Por el criterio inexorable, el placer de su compañía, el estatus o la medalla olímpica del clásico de Reyes se deben a que sus frequentadores, en una operación insólita, siguen leyéndolo porque se lo recomiendan a sí mismos, porque no te lo pierdas se lo dice en principio el lector a su impaciencia.

Conviene reconstruir, así sea con rapidez en sí misma distorsionadora, qué sucede con el gusto literario desde la segunda mitad del siglo xx has-

ta ahora. Reyes siempre ha sido un autor de y para minorías, de consumos reservados a los *happy few*, a los aludidos en la dedicatoria irónica del poeta Xavier Villaurrutia: “Para todos, a condición de que todos sean unos cuantos”.

A lo largo de la vida de Reyes, privan los convencidos del traslado a los escritores de los recursos anímicos o psicológicos, antes sólo patrimonio de la religión organizada; pero ese papel de taumaturgos sólo afecta unos cuantos casos. En 1920, en una audaz maniobra laica, el compañero de generación de Reyes, José Vasconcelos, entonces rector de la Universidad Nacional de México, urde el lema de la institución: “Por mi raza hablará el espíritu”, y lo novedoso de la frase es volver sinónimos el espíritu y la minoría de profesionistas. A lo largo de la vida de Reyes, es un pleonasma el término escritor de minorías: todos lo son y quienes prefiguran la condición de *best sellers* venden de un libro exitosísimo 20 o 30 mil ejemplares a lo largo de más de una década. Sucede que la índole de la literatura practicada por Alfonso Reyes exige lectores especializados como también los demanda la poesía posmodernista; lo que ha dominado es la ley del menor esfuerzo no sólo en el aprecio por la narrativa *light*, sino en el prejuicio que se vuelve dogma. Lo que exige esfuerzo no recompensa.

De modo alguno, Reyes es un autor abstruso, difícil; sí requiere el gusto por la prosa que refrenda la destreza de quien resuelve una frase, explica un concepto, promueve la inteligencia de quienes dialogan con la página. Don Alfonso plantea la tesis general: el escribir, según los diálogos platónicos, no pasa de ser una diversión; la escritura, accidente del lenguaje, pudo o no haber sido; el lenguaje existe sin ella, pero la escritura, al dar fijeza a la fluidez del lenguaje, funda una de las bases indispensables a la verdadera civilización, al menos lo que nosotros entendemos por tal.

Casi hasta 1960, aproximadamente, los escritores escriben en la soledad y ahí encuentran, en su trabajo, el rumor de las multitudes que no los acompañan; es admirable el profesionalismo de los muy al tanto de la escasez de su público, como los de su generación, y entonces escritor es tanto una profesión como el título nobiliario que impone la élite y acep-


tan los demás por fe, y, desde luego, no por demostración. Como los de su generación, Reyes es uno de los primeros profesionales de América Latina, no porque viva de su producción, sino porque a ese oficio le dedican largas horas diarias, como si viviera de su pluma. Antes del surgimiento pasmoso del mercado, que de entrada multiplica la profesión de escritor; ahora, escritor es, sobre todo, quien así se califica y no a quien así califican los demás. Reyes produce una obra trabajada, en extremo cuidado escrupulosamente por el llamado entonces rigor del oficio, y esto a pesar de que un buen número de sus libros son recopilaciones de artículos y ensayos que si se integran es porque desde su origen se hicieron pensando en el otro tiempo de lectura, el del lector sin prisa.

Quien se adentra en cualquier texto de Reyes valida o revalida el aprecio a su autor; como pocos, don Alfonso enseña y ejerce la costumbre de vivir, así sea en silencio, el esplendor del idioma como esencia rescatada de la contingencia, es decir —y me apresuro a explicar la desdichada frase anterior antes de oír su afable regaño—, como reencuentro de las potestades del idioma sepultadas en las penumbras por el oído de la voz interior, algo muy apreciado por Reyes. Si se despoja la lectura de sus sonidos, se le vuelve mero desciframiento de signos. Como los otros grandes escritores de Hispanoamérica, Reyes nunca olvida la indiferencia del *ego public* y se atiene al dictamen de su primer lector, el más riguroso y exigente: él mismo, y esa táctica, ajena al narcisismo, hace de la autocrítica una guía de lectura.

Si Reyes confía tanto en su dictamen, es porque en esa época la escasez de medios de publicación lleva a los mejores a valorar, con fuerza hoy desconocida, cada una de sus páginas; léase, en vías de comprobación, a Sarmiento, a Rodó, a Justo Sierra. A diferencia de la generación que lo antecede, la

de los poetas del modernismo hispanoamericano, Reyes está al tanto: su poesía y su prosa no causarán el arrebato de las masas memoriosas y reverenciales ante Darío o Martí o Gutiérrez Nájera o José Asunción Silva; le corresponde escribir para quienes saben de la materia, no para ofrecerle a la sociedad la reconquista o la primera obtención de la sonoridad del idioma y de la belleza de las metáforas. De ahí su prosa, una de las mayores conquistas de la fluidez, la amenidad, la inteligencia sin sobresaltos, la ironía suave; de ahí su poesía, a veces tan de circunstancia y meras exhibiciones de la técnica, pero siempre desbordante en musicalidad y, en los momentos afortunados, que son bastantes, en claves del entendimiento de otro mundo sensible, ya no el prodigioso del cortejo y los claros clarines y la espada que se anuncia con vivo reflejo. Él lo dice:

Escojo la voz más tenue para maldecir del trueno,  
como la miel más delgada para triaca del veneno.  
En la corola embriagada del más efímero sueño,  
interrogo las astucias del desquite contra el tiempo,  
y a la barahúnda opongo el escogido silencio.  
Cada vez menos palabras y cada palabra un verso,  
cada poema un latido, cada latido universo.

Don Alfonso anima la paradoja, practica la economía verbal, en cada una de sus expresiones aforísticas se insinúa un tratado y escribe pródigamente. A los 50 años de su muerte, su obra mantiene e intensifica su vigencia; apenas se le lee, pero una vez que se adquiere el hábito de la literatura alfonsina, se vuelve a ella con el afán semisecreto de aprovecharla como criterio de vida en, con, desde, hacia los libros. Él lo escribió: “Yo no digo esta canción sino a quien conmigo va”. Acompañar a Reyes es un viaje muy recompensante; es una tarea especializada, desde luego, pero ya hemos quedado: todo lo leemos entre todos. 

# De la Santa Doctrina al Espíritu Público (sobre las funciones de la crónica en México)\*

¿Por qué el sitio tan marginal de la crónica en nuestra historia literaria? Ni el enorme prestigio de la poesía ni la seducción omnipresente de la novela son explicaciones suficientes del desdén casi absoluto por un género tan importante en las relaciones entre literatura y sociedad, entre historia y vida cotidiana, entre lector y formación del gusto literario, entre información y amenidad, entre testimonio y materia prima de la ficción, entre periodismo y proyecto de nación. Muchos de los grandes escritores mexicanos han intentado la crónica que, por ejemplo, ocupa un espacio fundamental en la obra de Guillermo Prieto, Ignacio Manuel Altamirano, Francisco Zarco, Manuel Payno, José Tomás de Cuéllar, Ángel de Campo (Micrós), Manuel Gutiérrez Nájera, Amado Nervo, Artemio de Valle-Arizpe, Alfonso Reyes, Martín Luis Guzmán, Salvador Novo. Y, sin embargo, el género aún no recibe la atención que sus logros merecen. Así, pues, en estas notas, centradas en cinco autores, intento aproximarme a las causas de la consideración del público y la desconsideración de los historiadores literarios.

\* Publicado en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, vol. 35, núm. 2, julio de 1987, pp. 753-771.



Foto: Carlos Monsiváis, ca. 1970. Archivo Gráfico de *El Nacional*, Fondo Personales, sobre: 02034 (001). Secretaría de Cultura-FOTOTECA-INEHRM.

## Las ganancias del reino

En el siglo XVI, frailes ávidos de conversiones y soldados de mirada latifundista escriben, con pasmo y escándalo moral, crónicas alucinantes. Hoy, los más conocidos son los soldados, Bernal Díaz del Castillo y Alvar Núñez Cabeza de Vaca, pero los más asiduos son los frailes, que viajan enumerativamente a través de paisajes que los aturden y costumbres que, agua bendita en mano, ayudan a destruir. No

hay preocupación específicamente literaria en esta urgencia de ampliar los territorios del reino de este mundo y el reino de los cielos, y con todo, el resultado suele ser notable, la belleza expresiva fluye a través de la prédica, del sentido del detalle, del refrendo de lealtades.

Ni soldados ni frailes se proponen hacer historia o hacer literatura. Para ellos, cronicar es asir las sensaciones del instante, capturar a Cronos, defenderse de las versiones de los enemigos, celebrar de modo implícito y explícito su propia grandeza, salvar almas y anunciar la salvación colectiva, compartir las experiencias únicas. Bernal Díaz hace la apología *pro vita sua*: “mas si bien se quiere notar, después de Dios, a nosotros los verdaderos conquistadores, que lo descubrimos y



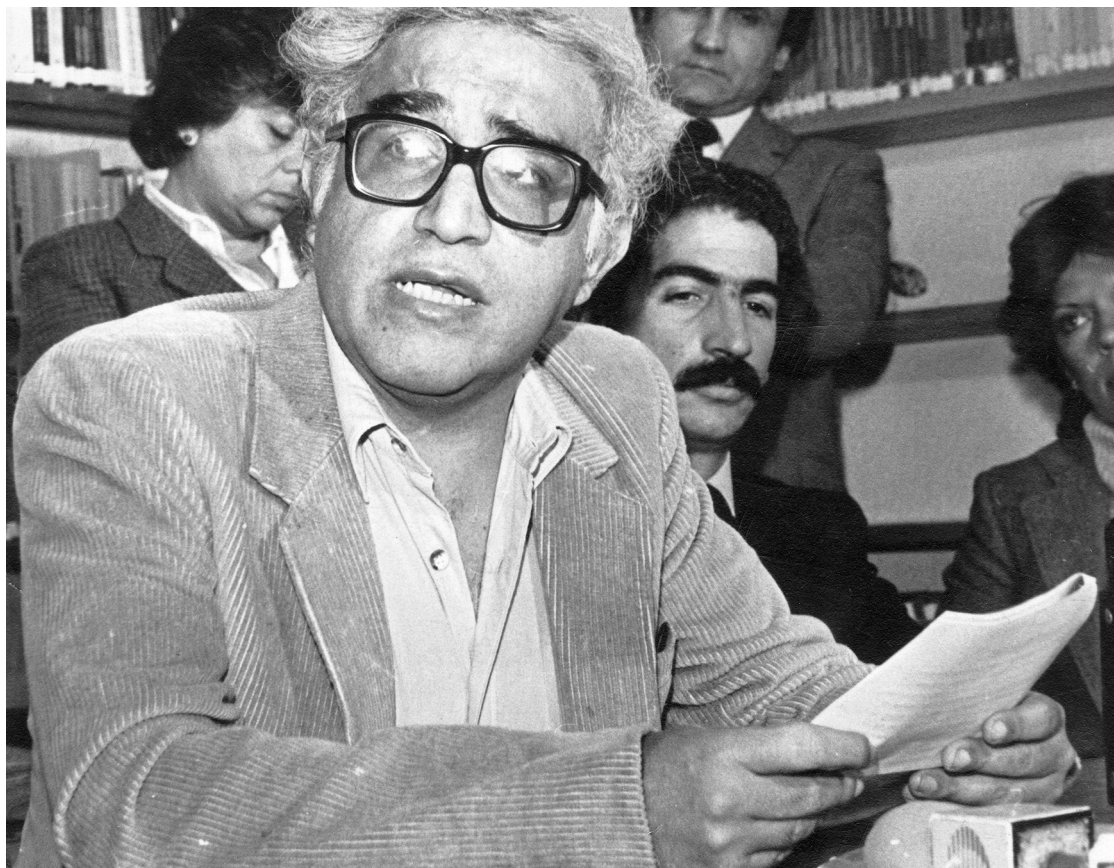


Foto: Carlos Monsiváis en 1983. Javier Miranda/ Archivo Gráfico de *El Nacional*, Fondo Personales, sobre: 02034 (010). Secretaría de Cultura-FOTOTECA-INEHRM.

conquistamos y desde el principio les quitamos sus ídolos y les dimos a entender la santa doctrina, se debe a nos el premio y galardón de todo ello primero que otras personas, aunque sean religiosos, porque cuando el principio es bueno y medio alguno y al cabo todo es digno de loor”.<sup>1</sup>

Es reciente la aceptación de la calidad literaria de la crónica de la Conquista. Por mucho tiempo fue vista como materia prima de la historia nacional, de la historia de las religiones, del triunfo de la civilización sobre la barbarie (hasta hace muy poco los hispanistas no concedían el rango de “civilización” a la variedad del mundo indígena). Hoy, en los relatos, fantásticos o veraces, la atención se ha desplazado al logro verbal.

<sup>1</sup> Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, 4a. ed., México, Porrúa, 1955, t. 2, p. 360.

A los entusiasmos épicos los sucede la convicción más que rentable: la historia se ha detenido, y aquí, ahora, se construye otro reino de Dios. Por más de dos siglos, la ilusión teocrática vuelve secundaria la crónica, que sólo se rehabilita a fines del siglo XVIII, al amparo de la moda.

### Da cuenta de las acciones del país nuevo

En la primera mitad del siglo XIX, la crónica es, en lo fundamental, asunto de los liberales. Obligados a la vocación múltiple, los hombres de la Reforma ven en la crónica (algo que, según ellos, sin ser exactamente literatura, no deja de serlo) la oportunidad de combinar en un solo texto el alegato político, la memoria histórica, el mensaje a los amigos y el recordatorio a la sociedad de que la nación existe



porque hay quien la describa y aclare sus realidades al nombrarlas.

En el concepto de Historia que los liberales manejan (nutrido de la revolución de Independencia de Estados Unidos y de la Revolución francesa), el prerequisite es la sensación de autonomía, cuyas expresiones deben ser concretas, cotidianas. Historia es destino individualizado de los pueblos; Historia es vislumbramiento de la armonía posible de la nación a partir de las libertades que se conquistan; Historia es aquello que, desde el porvenir, juzga y ordena lo que se vive; Historia es en México el flujo de hechos que encauza la idea de progreso, el registro de éxitos y fracasos de un pueblo en el interminable camino de la esclavitud a la justicia social. Por eso, la crónica, al verter literariamente vivencias locales y nacionales, es inmejorable aliada y cómplice de la Historia.

En su oportunidad, los conservadores ven en la crónica la exaltación de las claves de la memoria, el inventario de bienes en peligro, la invocación de las seguridades terrenales, y por estar tan a la defensiva pierden la batalla del género. Los liberales tienen a su favor el ímpetu de *la secularización* en la ca-

pital de la República, que vuelve rápidamente anacrónico el ritmo de vida en el interior y que da el tono y los temas de la crónica en el XIX (en el XX, el tótem será *la modernización*).

Por su condición inicial (dueños de la palabra en un mundo informe, poseedores de la expresión en un medio analfabeto), los escritores mexicanos se constituyen durante más de un siglo en gremio privilegiado que, a través de un medio poderoso —la imprenta— y de uno subsidiario —la memorización—, difunden consignas y proclamas (en prosa o en verso). No se proponen —conscientemente, como sus contrapartidas europeas—, liberar a la burguesía y erradicar el monopolio feudal a través de la imprenta. Tampoco enfrentan abiertamente la literatura (quehacer individual) con la todopoderosa cultura oral que “preservaba, ritualizaba y adaptaba el patrimonio colectivo” y que en América Latina sólo perderá terreno a principios del siglo XX, más de un siglo después que en Europa, para iniciar su vida subterránea con el primer apogeo de la tecnología y la difusión de la educación universal.

Ambas instancias (la difusión universal y la acumulación del conocimiento que permite el libro impreso) son armas de dos filos (Jean Franco). Conquistada la libertad de imprenta, instrumento de la burguesía, sus productos deberán extenderse y así, por ejemplo, el proceso de alfabetización y educación en Francia y en Inglaterra a mediados del siglo XIX requiere, para contrarrestar la formación de ideologías subversivas, nuevos instrumentos ideológicos como la prensa popular. Pero entre la imprenta como instrumento de la burguesía europea y la imprenta en los países periféricos surge la gran diferencia, el abismo entre “civilizados” y “bárbaros” o, más bien, entre asimilados y marginados.

En México, la imprenta ahonda el abismo entre “civilizados” y “bárbaros”, y, al mismo tiempo, al ser tan abrumador el analfabetismo, la prensa resulta inmejorable instrumento crítico. De modo simultáneo, transmite, crea, enlaza sentimientos y pensamientos políticos, y afina la idea que nació al unificar el lenguaje, el ya compartido o el que de las élites se transmite gradual y fragmenta-



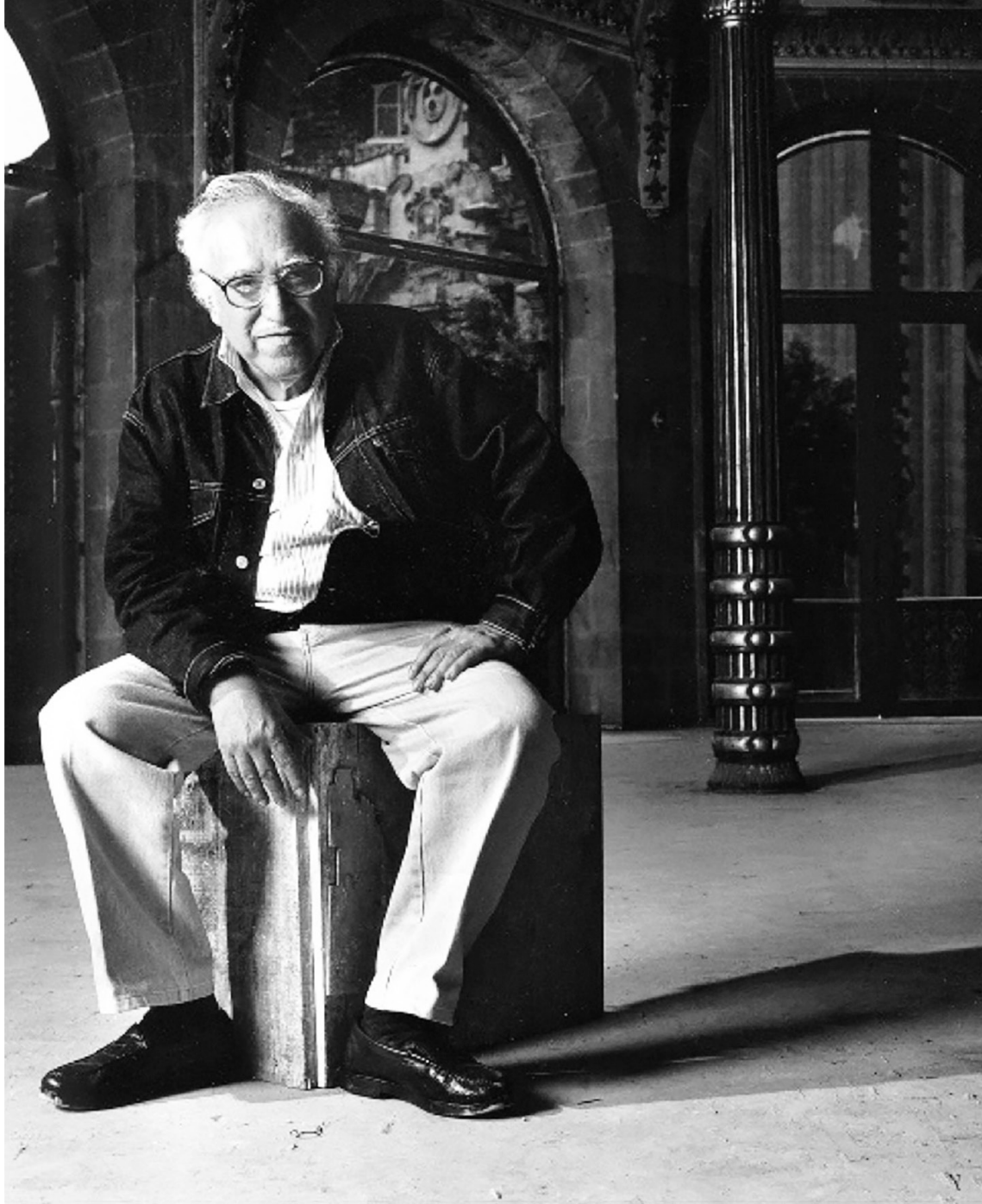


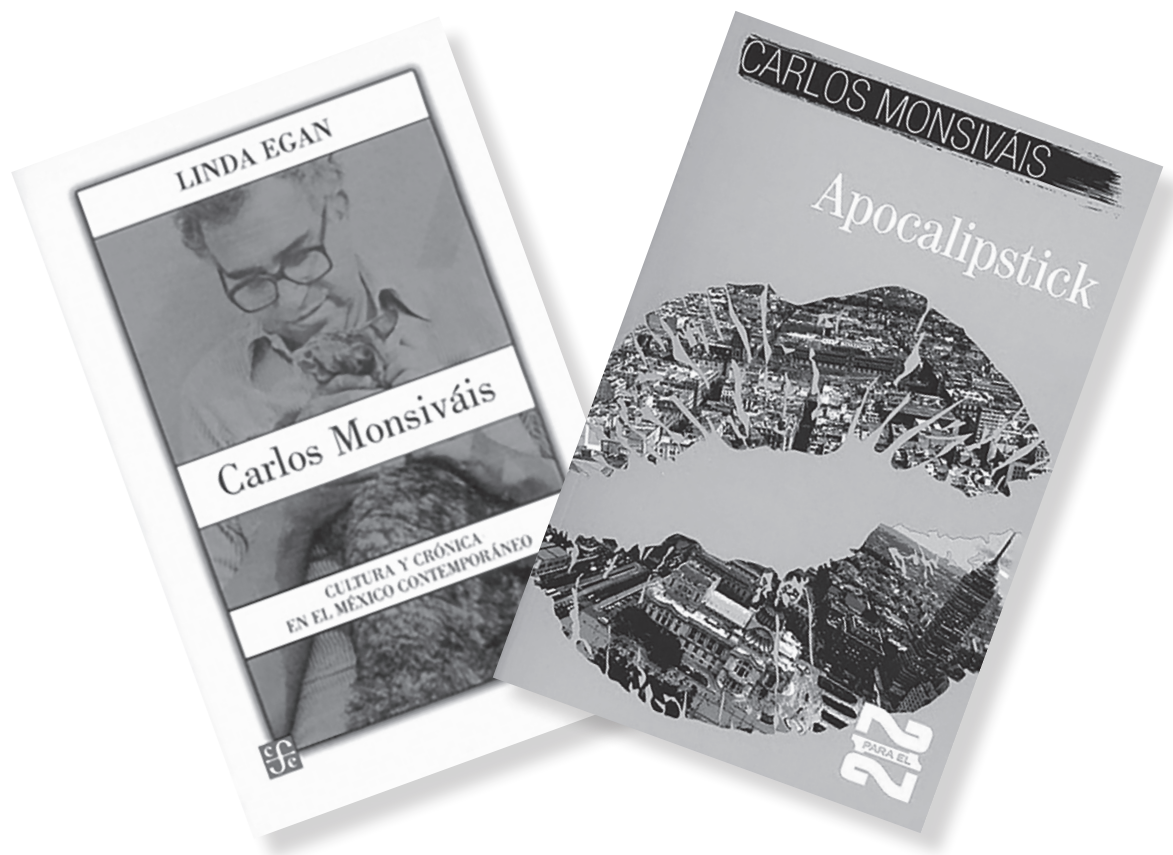
Foto: Carlos Monsiváis, *ca.* 2005. Archivo del Museo del Estanquillo, Colección Carlos Monsiváis. Secretaría de Cultura, Gobierno de la Ciudad de México.

riamente al resto de la población. Paradoja que no lo es tanto: el grado de libertad de expresión determina, por diversas razones, el grado de represión directa de las clases desposeídas. Al confinarse en sectores reducidos la libertad de leer, de ilustrarse y de criticar, la literatura acrecienta su importancia.

En las primeras décadas del XIX, las academias literarias (enclaves de hombres cultos que por lo general ya no son sacerdotes) prueban categóricamente

la nueva posibilidad: el saber fuera de la Iglesia. Al divulgar las escuelas oficiales otra visión de la historia, concluye la dictadura eclesiástica. En los países latinoamericanos, el hombre de letras sustituye al sacerdote en diversas funciones: la interpretación de los hechos colectivos, las pautas de la psicología individual reconocida, la representación de la alta cultura, el conocimiento como la excepción redentora, la creación de atmósferas verbales como espejos de la comunidad. Y al cabo





de las guerras de Reforma, en donde los conservadores se ven derrotados en lo militar, lo político y lo cultural, el breve lapso de la República Restaurada (1867-1876) es la primera culminación del hombre de letras, donde se fijan muchos de los rasgos de lo que será durante casi un siglo la vida literaria y periodística de México. El hombre de letras es poeta, cuentista, traductor, novelista, historiador, moralista y, con frecuencia, cronista. Al perder la crónica el tono urgente del compromiso de ideología y partido, se opta por lo que se llamará “costumbrismo”, la tarea relatora que exhibe lealtades locales, regionales y nacionales, y el compromiso solidario: construir a esta sociedad que será una nación, fortalecerla desde la elección de vestuario para las fiestas, desde la predilección por un platillo, desde el sermoneo dedicado a las señoritas en edad de merecer.

No son precisas las fronteras entre cuento y crónica. Las tareas son semejantes: describir el pueblo,

revelar caracteres y vitalidades ocultas o reprimidas, darle al habla las características de personaje máximo. Pero la semejanza no se agota en la aproximación testimonial. También, a semejanza del cuento, la crónica explora los estilos literarios que son aficiones de sector y clase. El estilo coloquial de Guillermo Prieto contraviene las pretensiones neoclásicas de la “alta cultura”, y en las crónicas liberales se filtran las formulaciones utópicas a manera de condenaciones del caos de la República.

Una ventaja frecuente de la crónica: el abandono de la rigidez que afecta a la producción “trascendente”. Si el género es “pintoresco”, carece de responsabilidades artísticas; ni es literatura de prestigio ni es periodismo que estruje la conciencia. A partir de la República Restaurada la crónica se escribe para consignar impulsos y prevenciones de clase, la “intimidad” convertida en hecho público, la distribución del “sentir nacional” en hábitos, estructuras del diálogo y sistemas de relación. Y,

*last, but not least*, con tal de cumplir deberes cívicos y morales, y complacer nostalgias.

En cuentos y novelas, los escritores cultos del siglo XIX optan por dar un carácter “típico” a los diálogos, y suelen ajustar el registro de las voces al único molde de la puerilidad, la búsqueda penosa del habla donde el pueblo se vuelve la eterna criatura. Sin ambiciones de eternidad, la crónica es más justa en su preservación de estilos y metamorfosis lingüísticas, usa con más humor los estereotipos, experimenta más. No hablo de ventaja alguna de la rapidez sobre el cultivo de la forma, sino de la manera en la que la pretensión literaria de una etapa, sin obtener casi nada a cambio, ahogó algo básico: la espontaneidad, vital en una literatura emergente, el trato directo con zonas vitales del lenguaje. En cambio, la crónica decimonónica, pese a la pudibundez sexual y al moralismo a que la obliga la censura, siempre mayor en diarios y revistas que en libros, capta sin el peso de la retórica lo que se vive y como se vive.

Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893) se impone una tarea: crear una literatura nacional. No la empresa chovinista que el término hoy sugiere, sino la producción de poemas, cuentos, novelas, crónicas, ensayos, que tomen en cuenta de modo central y sin sensaciones de inferioridad las experiencias de la sociedad emergente (gustos, pasiones, ocios). Por la literatura México se regenerará, y hallará las vías del orgullo que es crecimiento psicológico y cultural. Para ejemplificar su credo, Altamirano incursiona en todos los géneros literarios, anima tertulias y veladas, patrocina escritores jóvenes, debate con los intolerantes. Y en sus numerosas crónicas se expresa su fe dual: en los atractivos de la vida estable, sin guerras, dedicada al comercio, la industria y las artes y en las virtudes máximas de la tolerancia. La fe en la estabilidad lo lleva a la continua decepción, al anhelo impaciente de formas de vida metropolitanas. Frustrado por el ritmo lento y autocomplaciente de la periferia, Altamirano ya sólo cree a medias en lo que describe. A él lo indigna y deprime no encontrar en México los “robustos movimientos de la civilización”. Atado por la rutina atroz, viaja “con la alforja vacía de novedades, de las calles de Plateros al paseo de Bucareli,

de allí al Zócalo, del Zócalo a los desventurados teatros de la capital o a las imprentas que languidecen bajo el peso de una política soñolienta”.<sup>2</sup> Le harta contemplar a los mismos *pollos*, beldades, jinetes, carruajes, malos cómicos, detestables piezas, cosas civiles y eclesiásticas. Su imaginación se enferma, nostálgica de lo desconocido, de lo nuevo, de lo diferente..., fastidiada ante la “vuelta de la noria” por las barrancas del paseo, las estacas de loros de Plateros y San Francisco, el agujero de grillos del teatro Principal, la cueva de búhos del Nacional, el avispero de Iturbide y las pastorelas del jardín de la Plaza Mayor, “sitio a propósito solamente para las églogas de los *Nemorosos* de almacén, y de las Filis de la aristocracia, que no es más que *bourgeoisie* traducida al francés”.

Se queja Altamirano: la crónica en París, en Londres, en Berlín, en Nueva York, se alimenta a diario con novedades de importancia, porque son los grandes centros de la civilización del mundo. Pero en México, él se consume buscando asuntos amenos para sus *revistas* (crónicas), porque

México es una ciudad clorótica, pobre, mojigata, y a quien no conmueve de tiempo en tiempo sino el choque galvánico de las fiestas religiosas, o el estremecimiento débil todavía de las fiestas de la patria. México es una educanda de convento vestida con pretensiones a la francesa, pero conservando en su traje abigarrado y carnavalesco algunas piezas españolas y algunas aztecas. La enorme castaña de *crepé*, *el puff* y la pintura insolente, no alcanzan a disfrazar a la gazmoña mestiza, cuya sangre se ha debilitado entre las frías sombras del templo y de la celda, y cuyo espíritu se ha pervertido en el marasmo de una vida perezosa y en la barbarie de una educación de la Edad Media.

Altamirano describe con ironía y vigor el avance social y los ataques a la tolerancia apenas adquirida. Pero es José Tomás de Cuéllar (1830-1894), en la serie de crónicas noveladas *La linterna mágica*, publicada con el seudónimo de “Facundo”,

<sup>2</sup> Ignacio Manuel Altamirano, *Crónicas*, t. 3, México, SEP, 1987, pp. 9 y ss.



quien mejor da cuenta de los procesos internos de la sociedad que emerge. A Cuéllar le sucede lo que a la gran mayoría de los escritores: hereda algunas funciones del sacerdote y se siente responsable del *tono moral* de la comunidad. Si Dios ya sólo se aloja en los templos, corresponde a los escritores distribuir los mensajes de reconvencción. Cuéllar, como en algún nivel todos los cronistas de su tiempo, es un moralista que al narrar situaciones regala de paso moralejas robustas.

### **José Tomás de Cuéllar: creer en la importancia del vecino para confiar en uno mismo**

Pero Cuéllar no es única ni principalmente moralista. Cada una de las novelas cortas o crónicas largas que integran *La linterna mágica* responde a un proyecto literario que trasciende con mucho el sermoneo. En *Baile y cochino*, *Las jamonas*, *Ensalada de pollo* o *Los fuereños*, lo que más importa es el deleite narrativo, la construcción de los personajes, el trazo de la sociedad como un gran chisme que se

organiza en forma coral, el placer de la prosa, el don de síntesis. Así, por ejemplo, en *Baile y cochino*, Enriqueta, una joven pobre que quiere dejar de serlo a como dé lugar, contempla desde su ventana el Paseo de la Reforma, y su avidez visual es una renuncia a los ideales de la honra:

Enriqueta estaba allí, como asomada al mundo, estacionada, como se estacionan esas pordioseras en el quicio de una puerta pidiendo una limosna. Pero la limosna que pedía Enriqueta no era el pobre mendrugo cotidiano. Enriqueta pedía una limosna de lujo a la sociedad opulenta. Los ojos de Enriqueta se fijaban en la hilera de trenes de los ricos, y sus pupilas estaban agitadas por movimientos rapidísimos y pequeños, porque con cada mirada recorría el interior, el pescante y los frisones de un landó, o las siluetas de cuatro jóvenes en un faetón; caballos negros, colorados, retintos, con brillantes guarniciones; lacayos con librea, coches de familia, buggys, victorias y cupés; líneas de caballo y líneas de auriga; escorzos de mujer y dorsos de “gentlemen”, portezuelas abiertas, fondos de carruaje acojinados, plumas de sombrero, beldades perdidas en la sombra, manos enguantadas, todo en movimiento, todo en perfiles fugaces, en líneas que apenas dejaban la impresión en la retina, eran borradas por otras y por otros en interminable vértigo.<sup>3</sup>

En cierto sentido, Cuéllar es el más moderno de los cronistas mexicanos del siglo XIX. A él le interesan en primer término las psicologías individuales, y no los arquetipos. Ya Fernández de Lizardi se fijó en los vínculos estrechísimos entre moda y discriminación social, pero es Cuéllar quien mejor se desenvuelve en los terrenos del candor, la ingenuidad, la credulidad, el humor involuntario. Para él, la crónica es el gran espejo en donde, al ser retratados, se aíslan, se magnifican, se vuelven francamente irrepetibles los defectos. Y la feria-de-vanidades habla de la indefensión del pueblo, que aún no genera los códigos morales de la vida laica.

<sup>3</sup> José T. de Cuéllar, *La linterna mágica*, M. Magdaleno (selec. y pról.), México, UNAM, 1941, p. 57.

## Manuel Gutiérrez Nájera: la cacería de sensaciones metropolitanas

Una de las funciones de la crónica decimonónica es el apuntalamiento de los presupuestos de la moral en su versión judeocristiana: defensa de la familia patriarcal, rechazo virulento de cualquier heterodoxia, protección de los seres indefensos por naturaleza, las mujeres. En novelas y cuentos tal estrategia de contención del pecado no escasea, pero donde se prodiga es en la crónica, el instrumento aleccionador de todos los días. En Manuel Gutiérrez Nájera (1859-1895), el cronista por excelencia de la sociedad porfiriana en su etapa de ascenso, la técnica se esmera. Él escribe guiado por las reverberaciones de la prosa, persuade a los lectores del brillo del lenguaje como metamorfosis de la banalidad y, ya cumplida la tarea estilística, se da lujos: las pequeñas anécdotas de la comunidad pequeña, el sermoneo que es tributo social. Si la censura es severa, contribuimos a ella para evadir algunos de sus rigores, y si no se puede hablar de política, hablese de la “pequeña historia,” donde florece la Sociedad Decente, que se observa a sí misma con mínimo humor y máximo detalle. (Quien se deleita relatando la lujuria en los escenarios deberá, acto seguido, proteger la castidad y templanza de las señoritas).

Durante muchos años, a Gutiérrez Nájera lo preservaron del olvido una docena de poemas y una docena de cuentos. Luego, se ha visto de modo paulatino el conjunto de su acción de cronista, los miles de páginas escritas con su nombre o distintos seudónimos (El Duque Job, Perico el de los Palotes, Puck, Junius, M. Can Can, Recamier, El Cura de Jalatlaco, Ignotus, etcétera). Él cubre casi por su cuenta un periodo de la literatura mexicana que ve centrada en el espectáculo teatral y operístico, el centro de las conversaciones que es el eje de la vida cotidiana no tanto de un sector como de las pretensiones de una ciudad periférica, que elige a las divas operísticas y teatrales como símbolos de su afán de distanciarse del anonimato que la rodea, llamado *gleba* para ahorrar descripciones de su aspecto y su hedor.

Al criterio todavía determinante de la *secularización* (somos temerosos de Dios, pero ya somos

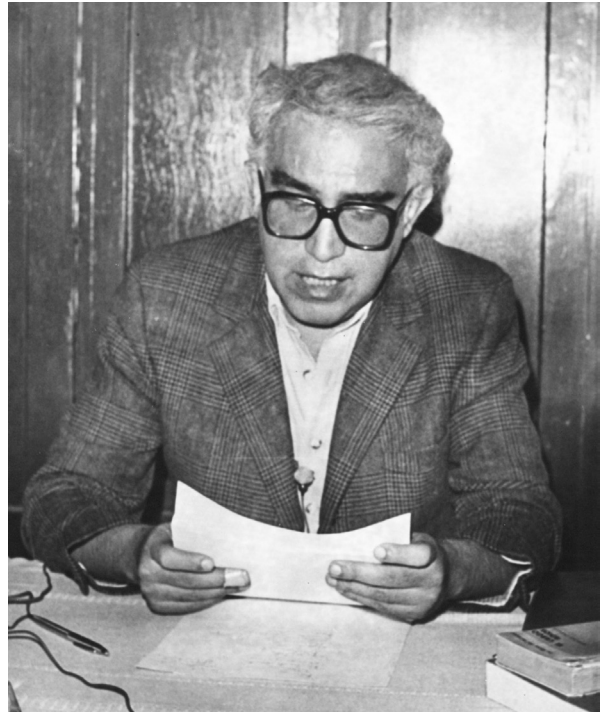


Foto: Carlos Monsiváis, ca. 1985. Archivo Gráfico de *El Nacional*, Fondo Personales, sobre: 02034 (008). Secretaría de Cultura-FOTOTECA-INEHRM.

igualmente temerosos del *qué dirán* y de nuestra opinión sobre nosotros mismos), Gutiérrez Nájera añade el examen minucioso del “brillo de la sociedad” que es seguridad de que el reino es de este mundo. De manera profusa describe los desprendimientos de la moral feudal, el crecimiento de los nuevos rituales ya no eclesiásticos, el gusto por vivir sin pensar obsesivamente en qué verdades seleccionar para el uso errátil del confesor. Gutiérrez Nájera, al tanto del escaso reconocimiento de la crónica, de la índole de su resonancia (en cuanto al impacto, la suelen aventajar el reportaje, el artículo político y, no tan ocasionalmente, la entrevista), experimenta con cuantía de sus registros. Escribe con enorme libertad, varía de tonos, usa de las diversas posibilidades del diálogo y, lo que más le divierte, no sólo juega a ser un “parisino avencindado en México”, sino a inventar una sociedad entera de parisinos instantáneos. Casi por su cuenta, él lleva la creencia cultural del Porfiriato (el “espíritu gálico” es la garantía de civilización) al detallismo, al seguimiento puntual de la moda, a la adopción de la mentalidad del voyeurista cultural,



para quien lo parisino es lo cercano y lo mexicano lo exótico. El desarraigo es la empresa frívola que compensa a Gutiérrez Nájera por el trabajo exhaustivo, en las redacciones, y compensa a los lectores por recurrir a intermediarios. En razón de su sitio “menor”, la crónica, antes que hechos, deja traslucir convicciones profundas, profesiones de fe disfrazadas de lugares comunes, tradiciones verbales que desnudan modos de vida.

Un ejemplo del vivir-aquí-como-en-otra-parte. En 1880, Manuel Gutiérrez Nájera narra su visita a las tandas que nunca frecuentaría la gente de origen social “adecuado”. Él se siente “fuera de México”: lo abrumba el número de “fisonomías desconocidas” y lo alarma revisar los palcos en donde hay señoras, sin conocer a nadie. Algunas caras bonitas lo atraen: son “las perlas de esas conchas sucias que se llaman las casas de vecindad”. Él, acostumbrado al reconocimiento en la calzada de la Reforma y en la calle de Plateros, está fuera de sitio:

El público ríe de todo estrepitosamente con carcajadas ordinarias de hombres que sólo asisten al teatro cuando se paga un real. El sombrero ancho extiende su enorme círculo junto a la chistera.

La chaqueta codea con la levita. De todo aquel amasijo de carne humana, sube hasta la galería un acre olor confundido con el aroma del tabaco. Huele a gente ordinaria. A poco rato de estar soportando pacientemente aquel hedor, siente el estómago los primeros amagos de las náuseas. Comienzan las butacas y los palcos a bailar un *cotillon* informal ante los ojos. Cada risotada crispa los nervios espantosamente. La presencia de doña María pleiteando en las tablas aumenta el malestar, y es necesario retirarse, rompiendo, a fuerza de puños, esa barrera impenetrable que forman los espectadores a la entrada.

Una vez en la calle, libre ya de aquella atmósfera infestada de humo, el hombre sensato hace un solemne juramento: el de no pisar más aquel teatro.

Los oídos conservan todavía el repique de las últimas carcajadas. Su olfato está atrofiado por aquellos *hedores imposibles*. Necesita fumar durante una media hora y pasar dos veces por la droguería de Labadie, el más poderoso depósito de cloruro, para desinfectarse.

El marco de este relato escandalizado es la pretensión porfirista, que le exige a la “prensa decente” distanciarse a toda costa del vulgo. El público de Guillermo Prieto solía dividirse entre lectores y oyentes: quien sabía leer ejercitaba sonoramente su habilidad participándoles a vecinos y amigos de informaciones urgentes y de acontecimientos divertidos. Los lectores de Gutiérrez Nájera ya se sienten más seguros. Ellos son la Nación, porque descifran lo visible y lo oculto de la prensa y desconfían de antemano de las conclusiones sentimentales sobre la miseria. Ellos leen evitando confundir lo que ocurre en las calles con la realidad, y su actitud liquida un espejismo: el periodismo como sitio de encuentro entre las clases. Las mayorías se enteran por reflejo del pensamiento y los sucesos de las cúpulas, y las cúpulas aceptan la descripción del populacho sólo a nombre del pintoresquismo.

Gutiérrez Nájera, *flâneur* del fin del siglo mexicano. Pero, a diferencia del Baudelaire analizado por Walter Benjamin, Gutiérrez Nájera no pasea por la ciudad que se irá precisando y volviendo real, sino por la ciudad para siempre inexistente. El inventa una sociedad para hacer caber en ella las vocaciones literarias. “Amó la forma, adoró la rima”, e identificó a tal punto a Francia con el espíritu, que a través de la crónica de espectáculos propuso la utopía civilizada que le quedaba a mano: imaginarse París para alejar a un público de los orígenes que seguían siendo sus metas.

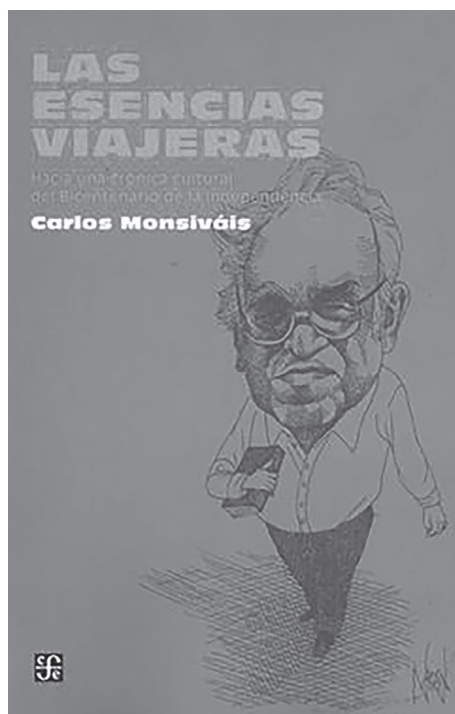
### **Martín Luis Guzmán: “Fierro no se había movido de su sitio”**

Entre 1910 y 1920 no se advierte demasiado el peso de la Revolución en la producción cultural. Los escritores apoyan al dictador Huerta, huyen temiendo la venganza de los bárbaros, se refugian en el exilio interno, apoyan a una u otra facción revolucionaria, pero en las revistas no se transparentan las dimensiones de la guerra civil ni se interrumpe el hábito de ver en la crónica la oportunidad por excelencia del gozo estilístico, de la prosa poética que finge ser informativa.

La cumbre de tal preferencia es la crónica parisina que Rubén Darío inaugura, y continúan Amado Nervo, Enrique Gómez Carrillo, César Vallejo, Alejo Carpentier. París es todavía la capital del mundo, y enterarse de lo que allí ocurre —los espectáculos, las modas, los paseos, los personajes— es adquirir “sensaciones espirituales” a bajo costo. La crónica desde Europa, la técnica escapista que disfrutaban en los cafés, las tertulias, las redacciones.

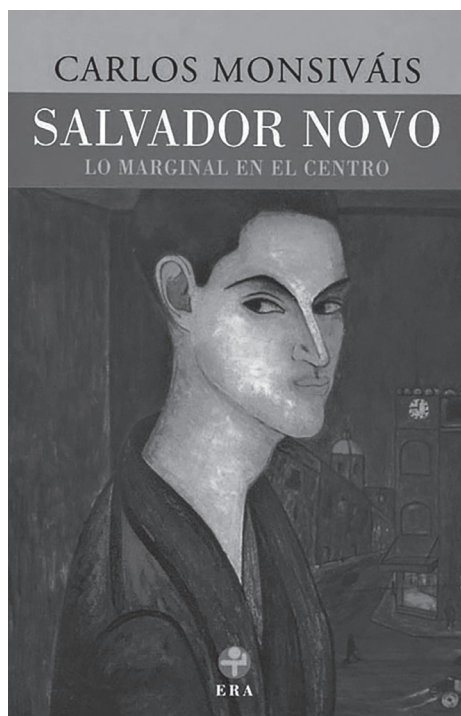
Lo común es alternar las crónicas parisinas con relatos de “color local”. Ramón López Velarde, Rafael López, Amado Nervo, Luis G. Urbina, Luis González Obregón, Artemio de Valle-Arizpe exaltan la paz y la concordia y denuncian (de modo casi siempre implícito) la violencia que corroe los “barnices de civilización” y les revela otro país, ya no el de la pobreza aislable y pintoresquista, sino el de la miseria unánime y revanchista.

La Revolución afecta la narrativa, pero no toca demasiado la crónica, dependiente de diarios y revistas por lo común antirrevolucionarios. Por eso sólo ocasionalmente se publican en libro las crónicas, y transcurren casi 15 años entre la publicación de *México insurgente* (1914) de John Reed y la de *El águila y la serpiente* (1928), ejemplos ambos de crónicas seguras, directas, no entorpecidas por el sentimentalismo. *El águila y la serpiente* narra la segunda educación sentimental de un joven escritor, lector de Platón y de Kant, en un medio donde rigen valores nuevos. Con maestría, Guzmán selecciona los hechos que propone como “esencia de la revolución”. (Así ocurrió, dice no tan entre líneas; la barbarie estalló y a los testigos nos corresponde el rechazo expreso y la admiración forzada). A Guzmán le obsesiona la perfección literaria por dos razones: es su obligación anímica y es su distanciamiento seguro de la barbarie. Sólo un lenguaje clásico contendrá a la vez, sin distorsiones, el impulso de los caudillos y el de la grey astrosa. Sedimentado el caos, Guzmán se acerca a esa Revolución que fue en gran parte concurso de seres primitivos, y filtra una explicación: captar las acciones del primitivismo es asomarse a la esencia del pueblo que contradice a la Historia y la atrapa en círculos de fuego.



El punto culminante de *El águila y la serpiente* es el capítulo “La fiesta de las balas”, donde adquiere aspectos de una épica invertida el asesinato de cerca de 300 prisioneros de guerra, que consume una sola persona, Rodolfo Fierro, lugarteniente de Villa. Según Guzmán, este acto monstruoso concentra la lógica vital de la plebe. El juicio es inapelable: el crimen es Fierro, Fierro y el villismo son “espejos contrapuestos, modos de ser que se reflejaban infinitamente uno en otro”, y el villismo es la revolución popular y la revolución popular es el crimen. Luego, desde otra óptica, Guzmán escribirá *Memorias de Pancho Villa*, pero el juicio esencial se halla en “La fiesta de las balas”, donde el crimen enmarca la única redención que Guzmán concibe: la belleza literaria. Concluido el relato de la matanza, Guzmán prosigue:

Fierro no se había movido de su sitio. Rendido el brazo, lo tuvo largo tiempo suelto hacia el suelo. Luego notó que le dolía el índice y levantó la mano hasta los ojos: en la semiobscuridad comprobó que el dedo se le había hinchado ligeramente. Lo oprimió con blandura entre los dedos y la palma de la otra mano. Y así



estuvo, durante buen espacio de tiempo, entregado todo él a la dulzura de un suave masaje. Por fin se inclinó para recoger del suelo el sarape, del cual se había desembarazado desde los preliminares de la ejecución; se lo echó sobre los hombros, y caminó para acogerse al socaire del pesebre. Sin embargo, a los pocos pasos se detuvo y dijo al asistente:

— Así que acabes, tráete los caballos.  
Y siguió andando.<sup>4</sup>

Imposible saber si así fueron los hechos. Lo cierto es que ésa fue casi la única manera literaria de verlos. Sin la excelencia de Guzmán, en las abundantes crónicas sobre la Revolución (a veces disfrazadas de relatos) se repite el enfrentamiento entre *civilización* (el punto de vista del autor/lector) y *barbarie* (el hecho narrado). Y —es el mensaje implícito— la noción depende del estremecimiento de horror de los lectores ante las masas ignaras y crueles. En el camino, una prosa

<sup>4</sup>“La fiesta de las balas”, en *El águila y la serpiente*, Porrúa, México, 1984, p. 209.

de filis clásicos orienta el horror civilizado ante la Historia enredada en la barbarie. Tal estupefacción halla su síntesis inmejorable en el capítulo “Los zapatistas en Palacio”. Allí el líder campesino Eufemio Zapata, hermano de Emiliano, les enseña a los visitantes ilustres el Palacio Nacional, en manos del Ejército del Sur:

No subimos por la escalera monumental, sino por la de honor. Como portero que enseña una casa que se alquila, Eufemio iba por delante. Con su pantalón ajustado —de ancha ceja en las dos costuras exteriores—, con su blusa de dril —anudada sobre el vientre— y con su enorme sombrero ancho, parecía simbolizar, conforme ascendía de escalón en escalón, los históricos días que estábamos viviendo, los simbolizaba por el contraste de su figura, no humilde, sino zafia, con el refinamiento y la cultura de que la escalera era como un anuncio. Un lacayo del palacio, un cochero, un empleado, un embajador, habrían subido por aquellos escalones sin desentonar: con la dignidad, grande o pequeña, inherente a su oficio y armónica dentro de la jerarquía de las demás dignidades. Eufemio subía como un caballero que se cree de súbito presidente. Había en el modo como su zapato pisaba la alfombra una incompatibilidad entre alfombra y zapato; en la manera como su mano se apoyaba en la barandilla, una incompatibilidad entre barandilla y mano. Cada vez que movía el pie, el pie se sorprendía de no tropezar con las breñas; cada vez que alargaba la mano, la mano buscaba en balde la corteza del árbol o la arista de la piedra en bruto. Con sólo mirarlo a él se comprendía que faltaba allí todo lo que merecía estar a su alrededor, y que sobraba, para él, cuanto se veía en su entorno.<sup>5</sup>

### Salvador Novo: los sueños de la estabilidad engendran paisajes frívolos

La estabilidad relativa que el país, y sobre todo la capital, vive de manera creciente desde el gobierno de Álvaro Obregón requiere de gestores literarios

<sup>5</sup>“Los zapatistas en Palacio”, *ibid.*, pp. 394-395.



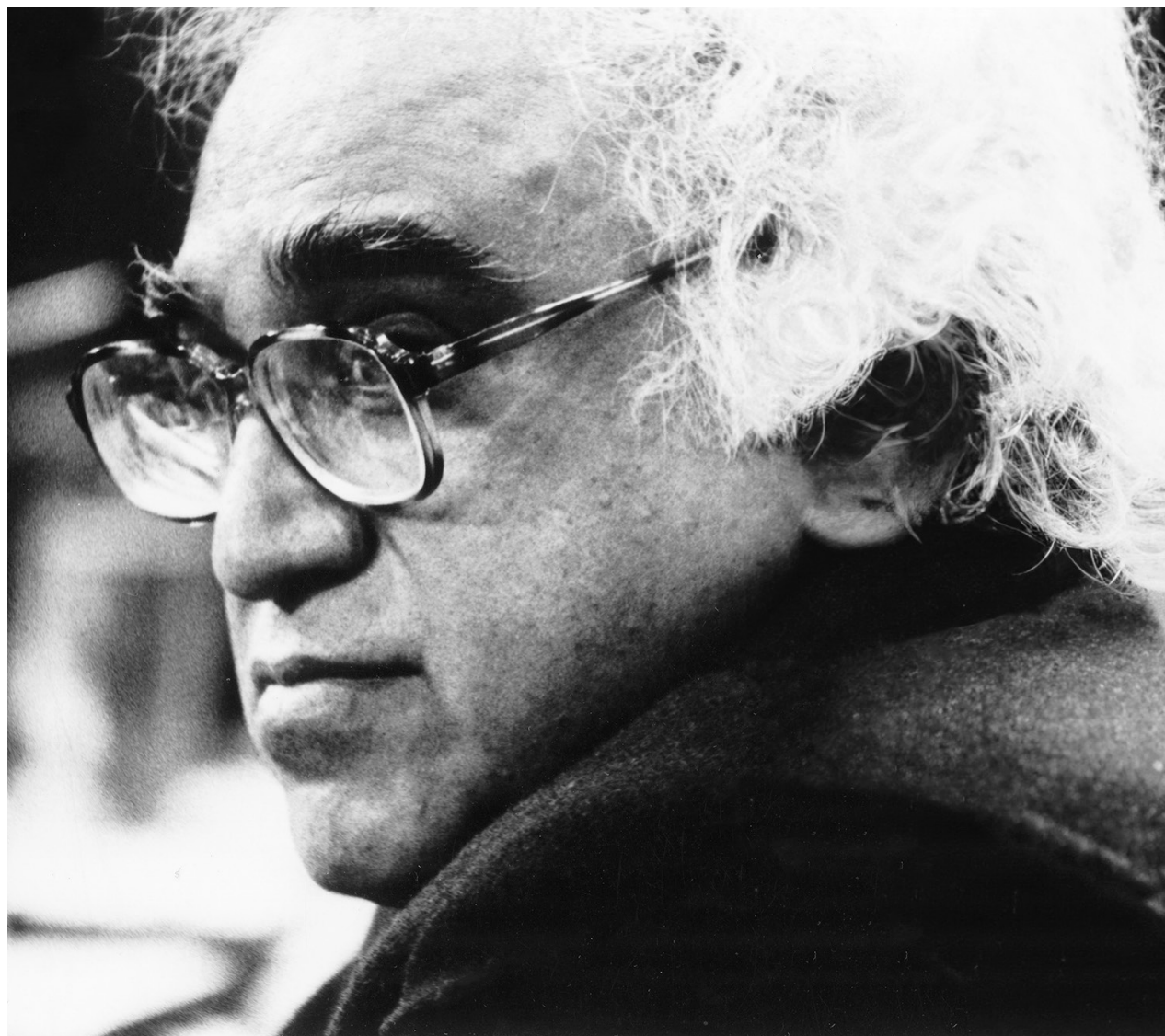


Foto: Carlos Monsiváis en 1992. Bruno Cortés/Archivo Gráfico de *El Nacional*, Fondo Personales, sobre: 02034 (011). Secretaría de Cultura-FOTOTECA-INEHRM.

(relatores, cantores). La exploración del universo rural y la temática de la Revolución mexicana ocupan el espacio novelístico y hace falta una zona literaria consagrada sin mayores presiones extrañas a la vida sin sobresaltos, a la frivolidad que es negación de o ruptura con el ánimo trágico que al país le imponen la guerra y la miseria. No se trata de “huir de la realidad” a la usanza de los escritores colonialistas, sino de exhibir y de gozar los atractivos de la capital, entre ellos la disminución de hipocresías y la apetencia vanguardista de psicologías contradictorias, irónicas, desenfadas. Es Salvador Novo (1904-1974) quien mejor

representa en la crónica la voluntad de modernización ya presente en la poesía (López Velarde pese a todo, Pellicer, los estridentistas) y apenas transmitida por la ficción.

En *El joven*, un texto autobiográfico de los 18 años, Novo concluye: “Lo que hice hoy —dijo el joven soltando sus zapatos— no tendrá ya objeto mañana. Hay cosas invariables, que gustan siempre. Tengo sueño. Siempre me gustará dormir. Pero mañana se habrá muerto alguien. Hay estadísticas como leyes —no leyes mexicanas— que se cumplen siempre. Yo puedo ser alguien y morirme. ¿Qué es un siglo para San Pedro? Sería divertido que yo





resultara objeto de investigaciones. Se me acusa de ser muy alto. ¿Y por qué no habían de equivocarse los eruditos?”

Y líneas antes ha dicho: “Siguió caminando. Todo lo conocía. Sólo que su ciudad le era un libro abierto por segunda vez, en el que reparaba hoy más, en el que no se había fijado mucho antes. Leía con avidez cuanto encontraba. ¡Su ciudad! Estrechábala contra su corazón. Sonreía a sus cúpulas y prestaba atención a todo”.<sup>6</sup>

¿Qué hay aquí de novedoso? La mezcla de un pensamiento a saltos, que procede por asociación paródica con el despliegue de sentimientos consagrados. Tres años después, en 1925, Novo publica *Ensayos*, donde alternan poemas con textos influidos por la tradición inglesa de *The Spectator* y Charles Lamb, que descrea de la importancia absoluta de los temas. La prosa redime o descubre la fuerza de lo considerado “insignificante”, y da pleno sentido al hecho de ocuparse de los anteojos, el baño, las camas, el radio, las barbas, la leche, el

<sup>6</sup> Cito por la edición de Mundial, México, 1933, pp. 56 y 14, respectivamente.

divorcio, las ventajas de no estar a la moda. Ya los modernistas implantaron en el periodismo esta creencia (la prosa lo es o lo justifica todo), pero, a diferencia de ellos, Novo no se propone textos programadamente literarios, joyas prosódicas cuya exacta dimensión sólo proviene de lecturas en voz alta; él le da al artículo o al pequeño ensayo un ritmo distinto, ya no derivado del lenguaje poético “profesional” ni de las aspiraciones del “logro acústico”, el ritmo de un pensamiento moderno que combina información, erudición, inteligencia, experimentación prosística, cultura clásica, vida cotidiana, actualidad tecnológica, Siglo de Oro y *The New Yorker*, Wilde y el *gossip* de la vida citadina, Quevedo y la nueva poesía anglosajona. El elemento unificador es la ironía, la distancia intelectual y anímica entre el tema y el escritor, que solicita la correspondiente mala fe del lector.

El resultado es sorprendente. Novo asimila con rapidez las influencias, y los lectores agradecen la originalidad de los puntos de vista que se traducirán en fraseos sardónicos y motivos de conversación. En un medio regido por la obsesión de “construir un país nuevo”, alguien elige con insolencia las posiciones de la “frivolidad” y prefigura ocios y complacencias de la sociedad inminente. Es un testigo profético.

“Ya en 1922 —acepta Novo en 1929— estaba yo maduro para empleos. Podría dar clases, podría hacer traducciones”. Él de nada se priva, y en “este cotejo del valor propio con el éxito ajeno que engendra místicos” opta por el periodismo. Allí alterna ensayos breves y artículos en defensa de “lo usado” y lo cotidiano, con la columna política y las crónicas que imponen con beligerancia la subjetividad sin culpa del escritor en la sociedad burguesa. Gracias al periodismo, Novo se instaura triunfalmente como literatura y como personaje. Él explica su éxito con la lucidez que le allega una modestísima vanidad:

La gimnasia que entraña escribir a tantos rounds con límite de tiempo en los periódicos, mientras aspira a convertir a quien la practica en un atleta, puede también con facilidad conducir a la acrobacia. Mi estilo se hizo claro y ágil; pero diferí, engreído

en el columpio, el acometer la empresa más ardua de una obra menos efímera. Si ello era malo para mí, resultó en cambio bueno para las revistas y periódicos en que colaboraba. Mi ejemplo fue seguido y el nivel de las columnas se elevó considerablemente. No desconozco el hecho de que antes de mí, y después, los escritores hayan compartido la elaboración lenta, oculta y heroica de su verdadera obra, con el periodismo: la maternidad clandestina con la prostitución pública. Simplemente confieso, relativamente arrepentido, que a mí me arrastró la prostitución, circunstancia de la que me consuela la esperanza de haberla un poco ennoblecido.

André Gide, quizá la influencia moral por excelencia del grupo de Contemporáneos, emite el dictamen: “No hay que exponer nunca *ideas*, a no ser bajo la forma de temperamentos y caracteres”. En crónicas y ensayos, Novo elige un temperamento, el suyo propio, y una suma de caracteres: los relativos a la Ciudad de México. Para él, en su abundante producción periodística, la capital es un placer minucioso: el de intimar, discreción mediante, con la burguesía en ascenso. Los caracteres circundan y devoran el temperamento, pero no sin que éste se asegure honores y admiración genuina, y no sin que la provocación —como suele suceder— se convierta en institución.

Lo novedoso: que a los lectores les interese, les divierta, los retenga el vagabundeo mental de un escritor que desatiende las exhortaciones de la Historia y actúa al margen de las Sensaciones Cívicas. Novo, básicamente sedentario, retorna en cuatro libros a un gran género del siglo XIX: la crónica de viajes. En *Return Ticket* (1928), *Jalisco, Michoacán* (1933), *Continente vacío* (1935) y *Este y otros viajes* (1951), Novo transfiere sus dotes narrativas a la crónica, se entusiasma ante seres y situaciones juzgados “intrascendentes” y crea un personaje muy convincente (él mismo) usando sólo anotaciones externas: su éxito social, su ingenio perdurable, su gusto por la buena mesa, su memoria que es la de un observador atento y ubicuo, de cuyo registro nadie escapa y cuya curiosidad es infatigable. Su reto literario es muy preciso: convertir en hecho memorable lo banal, un viaje a Querétaro, las giras oficiales.

Una sección, de entre las muchas que Novo produce, es vehículo óptimo de su talento: “La semana pasada” en el semanario *Hoy* de los años treinta. Allí Novo, auxiliado por un equipo de jóvenes reporteros, pone al día un género admonitorio y propagandístico: el artículo político. Influidos por las crónicas parisinas de Janet Flanner (Genet) en *The New Yorker*, y determinado por su percepción de la política como la picaresca inadvertida, Novo equilibra su capacidad de síntesis con el pesimismo irónico propio de un conservador inteligente. En la recopilación de “La semana pasada”, *La vida en México en el periodo presidencial de Lázaro Cárdenas*, un estilo (un punto de vista al que sólo se hace justicia citándolo textualmente) alcanza su absoluta brillantez. Los resúmenes biográficos, las descripciones de la administración cardenista, las incursiones en la política mundial, el examen de las resonancias cotidianas de la política son todavía puntos de referencia, pese a posiciones reaccionarias y actitudes xenóforas. Al concluir el gobierno de Cárdenas, Novo se entrega a una crónica muy personal (o muy colectiva, como se prefiera) que, primero en *Hoy* y luego en *Mañana*, elige para verterse el recurso del “Diario” o las “Cartas a un amigo”. Cada vez más satisfecho de su progreso, y más convencido de los beneficios de la respetabilidad y la comodidad burguesa, Novo se decide por una falsa y verdadera confesión intimista. Tiene un público a su disposición: el que acepta la trayectoria y el tedio de una capa dirigente como sus propios progreso y alborozo. Otras recopilaciones disponibles (*Toda la prosa*, *La vida en México en el periodo presidencial de Manuel Ávila Camacho*, *La vida en México en el periodo presidencial de Miguel Alemán*, *Las locas*, *el sexo y los burdeles*) ensalzan el modo de vida de la ciudad pretensiosa. Y, sin embargo, la honestidad literaria de Novo, su deseo de difundir el goce de la intimidad con los círculos dirigentes, confieren a sus crónicas la doble seducción de verificar el tránsito de un personaje y las limitaciones de una élite.

En 1948, Novo gana un concurso del Departamento Central con un libro fundamental en su bibliografía: *Nueva grandeza mexicana*, donde el

personaje mitificable se instala en el centro de la crónica mitificadora, y se cubren con entusiasmo las distancias entre el Yo y la Ciudad, entre las magnas ambiciones y los escenarios pequeños. Al desarrollismo estatal, Novo le ofrece el recorrido por una capital que es una sociedad entreabierta, por una geografía de la imaginación pluriclasista que es una velada inolvidable, por una zona de anécdotas, amistades y conocimientos privilegiados que es, para los lectores de entonces, el único mundo disponible. La tradición es un conocimiento hogareño y nada hay en la ciudad amenazador, hostil o en verdad desconocido. La Unidad Nacional que pregonan los gobiernos es también confianza en el expansionismo urbano sin consecuencias. Este México donde cada quien ocupa un lugar fijo es, sin duda, una trampa ideológica que le da apariencia de bonhomía a un capitalismo feroz, el territorio de concordia idealizada que la estabilidad regala.

Hoy, las crónicas de Novo resultan indispensables, no tanto para conocer una época (su parcialidad lo impide), sino para observar cómo se introduce la prosa moderna desde el periodismo, con un objetivo declarado: narrar las sensaciones de bienestar y autocomplacencia, propias de la élite que se refina y se internacionaliza. Ya no procede, por lo demás, el antiguo desafío. El elitismo de los veinte, dinámico y estimulante, se torna el atrasado y pomposo elitismo que corona y ornamenta a sociedad y Estado. A los palurdos que se burlaban de los exquisitos los sustituyen políticos y técnicos fascinados con los roces y los acompañamientos de la cultura, ya indispensable telón de fondo. Los *happy few* de la década del veinte se multiplican y, al hacerlo, se diluyen y hacen rentable su felicidad minoritaria. Ya sin presiones, Novo se consagra, entre crónicas desarmadas, ingenio jamás industrializado y erudición sabrosamente dicha, al manejo escénico de quienes en un tiempo lo proscibieron por sus preferencias sexuales. Él, despiadada e injustamente, describe su proceso:

Llevo una especie de veinte años de escribir para el público. Primero, era el poeta joven que prome-

tía mucho. Luego, seguía prometiendo. Después, se descubrió mi capacidad, tanto de trabajo cuanto de mordacidad, y poco a poco, fui comercializando mis aptitudes, como un pulpo que extiende sus tentáculos. El colmo fue vaciar en una columna cotidiana hasta los *cracks* que corrientemente me ocurren en la conversación. Era como cobrar hasta por reírme, si no hubiera acabado por ser hasta reírme por cobrar.<sup>7</sup>

### **Elena Poniatowska: el registro de la nueva épica**

¿Quién hace periodismo pudiendo escribir cuentos y novelas? El auge de la narrativa provoca, una vez más, en el medio cultural, la arremetida contra el periodismo, “enemigo de la promesa”. Ante el prestigio de la ficción, la crónica se extravía en la nostalgia profesional, y la despolitización y la censura vetan el acercamiento a huelgas, rebeldías y modos de vida populares vistos sin condescendencia. Y es muy difícil trasladar a la crónica así entendida los ritmos de la gran ciudad, cuyo cambio vertiginoso cancela opciones narrativas, tratamientos lineales, antiguas emociones.

Novo hizo del registro de su estado de ánimo el índice del avance social, y de la descripción de su tedio un catálogo implícito de anacronismo (“lo que me aburre no es moderno”). En el polo opuesto, Fernando Benítez, en su serie sobre los indios de México, muestra la coherencia interna y la riqueza cultural de un mundo cerrado por el racismo y la explotación. Y será Elena Poniatowska (nacida en 1933) quien pruebe con su obra la disolución de los géneros, la mezcla de lo único y lo multitudinario, los modos en los que la ficción se aprovecha del reportaje y la novela se contamina de procedimientos periodísticos. Al principio, Poniatowska opta por la viveza costumbrista y en 1963 las viñetas capitalinas compiladas en *Todo empezó en domingo* son homenaje a lo que no termina de extinguirse, paseo “a la antigua” por paisajes aún tradicionales. Luego, en 1969, en *Hasta no verte Jesús mío*, la vi-

<sup>7</sup> Hoy, México, septiembre de 1943.


da-novela de Jesusa Palancares, mujer del pueblo, Poniatowska ya rechaza cualquier pintoresquismo.

Oscar Lewis fue a las vecindades y desprendió de lo allí observado y grabado un enorme prejuicio teórico: “la cultura de la pobreza,” la idea de que los pobres convierten siempre sus experiencias en ideología del fatalismo. Desde técnicas semejantes, Poniatowska llega a conclusiones opuestas y convierte la vida de Jesusa Palancares en relato de múltiples niveles, sin moralejas sociológicas, sin tremendismos que obliguen al lector a concentrarse no en lo leído sino en la respuesta moral que se le demanda. Crónica del costo interminable de la marginación social, autobiografía de clase y de sexo, finísimo registro de las variaciones del habla a través de la vida de una persona, creación de una figura protagónica que es mucho más que la suma de episodios vitales, *Hasta no verte Jesús mío* niega los procedimientos naturalistas o “neorrealistas” que eran métodos probados de inmersión en terrenos de la pobreza, e inicia el tratamiento literario de las mujeres sin privilegios.

Los sucesos de 1968 revitalizan y diversifican la crónica. *La noche de Tlatelolco*, el libro ya clásico de Poniatowska, es crónica coral, reportaje fragmentario, montaje de voces que corresponden a tomas de conciencia y hechos represivos. Gracias al hábil entramado de imágenes narrativas y testimonios, Poniatowska reconstruye las dimensiones subjetivas del movimiento estudiantil, la espontaneidad que se compensa con arrojo, la ideología visceral y la épica a la vuelta de la esquina. *La noche de Tlatelolco* muestra por inferencia la densa capa mortuo-

ria de la vida política de México, la sensación de un país bajo una campana neumática. En este *collage*, Poniatowska preserva en forma memorable el poderío humano y político del 68.

En *Fuerte es el silencio* (1975), Poniatowska mezcla todas las tradiciones de la crónica: la evocación sentimental, el recuento político, el relato mítico, la novela corta sin ficción, la viñeta, la estampa, el ensayo. Y en buena medida la actitud de Poniatowska depende de la pérdida del temor al uso “heterodoxo” de los géneros.

Otras obras de gran importancia: las de Ricardo Garibay (en especial su tratamiento de mundos marginales: *Acapulco*, *Las glorias del gran Púas*), Vicente Leñero (en especial, *Asesinato*, la reconstrucción de los asesinatos del expolítico Gilberto Flores Muñoz y su esposa), las reconstrucciones históricas de Luis González, y las históricas y literarias de José Emilio Pacheco. Y junto a esto, la producción de nuevos autores que ni magnifican ni minimizan la crónica, otro espacio literario aprovechable. Desvanecido el sentimiento de embriaguez histórica que hizo posible *Memorias de mis tiempos* o *El águila y la serpiente*, queda la voluntad de registrar todo para que el tiempo y los lectores discriminen. Democratizada la noción de Historia, la crónica la multiplica en su variedad de aproximaciones literarias a manifestaciones, almacenes de Suburbia, modas de los *mass-media*, excéntricos que no lo son tanto, vivencias de alta y baja política, vida cotidiana en las márgenes. Mudo espío, mientras alguien voraz a mí me lee. 



## *La toma de partido de Alfonso Reyes\**

¿Qué significa hoy Alfonso Reyes? Si se exceptúa a los (no muy numerosos) especialistas, el nombre de Reyes suele evocar al escritor por antonomasia, ensalzado pero apenas leído, el monumento aislado en la reverencia, a quien rodean, en mezcla indisoluble, homenajes justos y desistimientos de lectura, al amparo del mausoleo de las obras completas. Y estas celebraciones por fe y no por demostración no son fáciles de explicar si se toma en cuenta que, en su combinación de sabiduría y amenidad, Reyes es absolutamente legible (aun descontando el público mínimo, los escasos frequentadores de ensayo literario y poesía).

A cambio de la lectura escasa, la abundancia de honores. Desde muy joven, a Reyes se le admira por su erudición, su claridad mental, su labor infatigable. El clímax del reconocimiento se da en los años cincuenta, cuando se proclama: “Sin don Alfonso, la literatura mexicana sería media literatura”, y se añade con brío: “Reyes es la versión mexicana de la cultura de Occidente”. Esta consagración en vida se acompaña de los dicerios de quienes —sin leerlo tampoco— cobijan su malevolencia en la “frase ingeniosa” de entonces: “En tierra de ciegos, el tuerto es Reyes”. Leída de manera fragmentaria, vuelta (paradójicamente) inaccesible gracias a la rotunda accesibilidad de las ediciones del Fondo de Cultura Económica, la obra de

\* Publicado en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, vol. 37, núm. 2, julio de 1989, pp. 505-519.

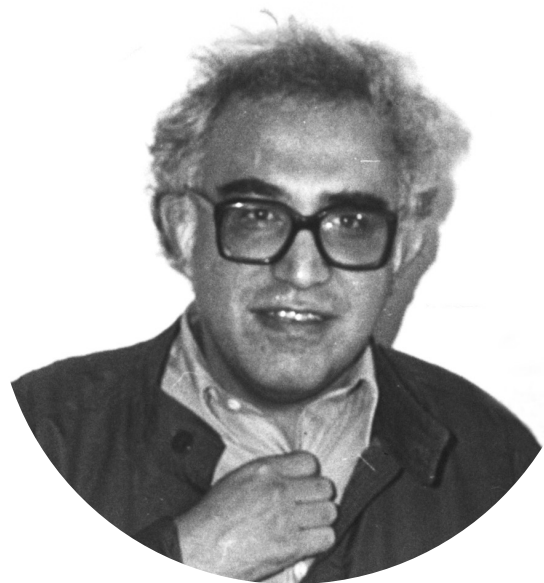


Foto: Carlos Monsiváis en 1981. Juan José Velázquez/Archivo Gráfico de *El Nacional*, Fondo Personales, sobre: 02034 (006). Secretaría de Cultura-FOTOTECA-INEHRM.

Reyes llega a recibir el dictamen adverso de Julio Cortázar: “Erasmus mexicano, hermano viejo, Alfonso Reyes, muerto de veras, oh señor de las letras, en tu tan muerto tiempo”.

Entre la apoteosis y la cauda de epitafios implícitos. Y surgen las preguntas: ¿por qué la obra de un gran escritor resulta entidad tan reverenciada como poco concurrida? ¿Por qué en las décadas últimas, casi únicamente las citas incesantes de Borges proclaman la vigencia de Reyes? ¿Por qué suelen ser las antologías de su trabajo? ¿Por qué aún se insiste en

hacer de Reyes un “marginado del siglo”, quien, para mejor resistir el presente, vivificó la erudición y quiso hacer de la literatura su único “tiempo histórico”?

Sostengo precisamente lo opuesto: Reyes no fue “apóstol del distanciamiento”. Él se trazó un proyecto muy preciso, la utopía personal y colectiva tal vez dividible en tres etapas: la amistad como formación espiritual a través del diálogo (el trato intelectual con Pedro Henríquez Ureña); la experiencia de grupo como propuesta generacional de avance (su pertenencia al Ateneo de la Juventud), y lo más prolongado: el discurrir del escritor genuinamente convencido, aunque a veces lo exprese de modo retórico, de la vitalidad del ideal humanista, el gran horizonte formativo de la nación y los individuos.

### La amistad como proyecto comunitario

A principios de siglo en México, ¿cómo desaprovechar ostensiblemente la condición de hijo del general Bernardo Reyes, el aspirante a la Presidencia que ha sido secretario de Guerra y gobernador de Nuevo León, uno de los hombres menos débiles de la República al mando de un solo Hombre Fuerte? Reyes, joven-de-brillante-porvenir en el Porfiriato, desdeña el típico esquema de ascenso, y no quiere ser el abogado solemne que, por pausas, arribe a un ministerio. A él, desde el principio, sólo le importa vivir a fondo la literatura y el proceso intelectual, y con tal de ejercer su vocación al extremo, escribe y piensa en esa etapa, *como si estuviera en otro lugar*, fuera del boato, la autocomplacencia, la adulación cortesana, la cursilería. El “otro lugar” es el del arte y las humanidades, que Reyes habita con disciplina férrea.

Para este lector nato, convencido de leer-para-vivir, es fundamental el encuentro con Pedro Henríquez Ureña. En 1906, el dominicano Henríquez Ureña, hijo de una poetisa notable y de quien sería presidente de la República Dominicana, es un fenómeno intelectual. Lector incansable en varios idiomas, obsesionado por integrar la tradición humanista y la modernidad, apóstol del aprendizaje y de la enseñanza, Henríquez Ureña representa para

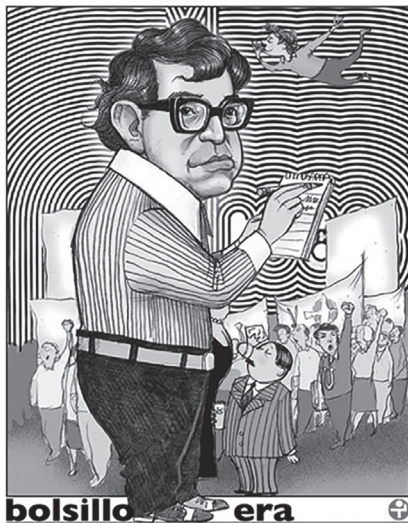


Reyes, cinco años más joven, el maestro, el condiscípulo, el amigo perfecto que comprende, exige, regaña, estimula. Del primer tomo de su epistolario se desprende un cuadro: la amistad (la formación conjunta) ve en la cultura al interminable proceso asociativo que le da sentido a la vida cotidiana. El 15 de septiembre de 1907 escribe Reyes desde Chapala: “Poco a poco los niños y las mujeres fueron llegando a llenar en el lago sus cántaros de barro y yo, sin *pose de erudito*, me acordé de aquel pasaje en que Werther ayuda a una campesina a cargar su cántaro rústico”.<sup>1</sup>

Todo exige una referencia clásica, todo es libresco y todo es vital, y un intelectual joven no tiene zonas de complacencia. Reyes, que adora a su padre, le confía a Henríquez Ureña (14 de enero de 1908): “El señor general don Bernardo Reyes resuelve todo con mandatos militares y el otro día, discutiendo sobre asuntos literarios, le hice ver que ha adquirido el vicio de maltratar autores que no

<sup>1</sup> Alfonso Reyes-Pedro Henríquez Ureña, *Correspondencia 1907-1914*, José Luis Martínez (ed.), México, Fondo de Cultura Económica, 1986.

carlos  
**monsiváis**  
días de guardar



ha leído. Él se disculpa arguyendo que su trabajo de gobernador no le da tiempo para eso”.

Y 15 días después, es más preciso:

Me da tristeza ver que ya no puedo conversar con él [con don Bernardo]. Su favorito en poesía es Santos Chocano, y en filosofía (?) Roosevelt. Está por llamarles *ideólogos* a los pensadores. Para él sólo vale la acción: para él el Arte es “un instrumento.” El otro día me acusó de estrechez de criterio porque no soporté que me hablara de Juan de Dios Peza. En fin, lo que yo me temía: ya no estoy *dentro de casa*.

Reyes y Henríquez Ureña quieren consolidar y ampliar los placeres de la lectura, de la divulgación, del estudio, del acto creativo. Sólo así estarán dentro de casa. Y urge, usando los ejemplos personales, oponerse a los fatalismos del medio anti-intelectual, haciendo que la literatura clarifique la existencia. Ellos ejercen la continuidad vocacional en un medio de frustraciones, y desean rescatar al humanismo de la erudición mecánica de los conservadores y de la incompreensión sectaria de los revolucionarios. Sus ideales son transparentes:

la fuerza integradora de la cultura, el lector como el ciudadano ideal, la universalidad del conocimiento que es el acceso a las realidades profundas.

“Para mí —escribe Henríquez Ureña— una intimidad ha de comenzar en el acuerdo intelectual”. Y esto lo dice en 1907, en un continente donde los dictadores se dejan adular por quienes anhelan el patrocinio de los dictadores, y en donde la poesía concentra casi todo el anhelo disponible de rigor. La fe en el diálogo intelectual, en la moral que cada texto segrega, en la disciplina que ahuyentará la improvisación, son fragmentos del sueño cultural de Reyes y Henríquez Ureña. Ellos no se sienten paladines o caudillos, y se limitan a proponer (eso sí, de modo exhaustivo) el trato simultáneo de la poesía, la ficción, la historia, la mitología, el pensamiento clásico.

¿Cómo cristalizar el temperamento civilizado entre las imposiciones de la barbarie que es sinónimo de la condición mexicana o latinoamericana? En primer lugar, y sin así decirlo, se califica a la política de interrupción de la vida normal. En segundo lugar, se pone a prueba, a través de la sistemática comparación de culturas, la calidad del temperamento civilizado. En tercer lugar, se extrema la pasión por la forma que es respeto a la perfección de las ideas. Y en cuarto lugar Reyes y Henríquez Ureña viven la certeza múltiple que se petrificará en el lugar común: el arte formal es o puede ser radical, y de esto depende en buena parte la disolución de los estereotipos y los prejuicios sociales; la sensiblería y la demagogia falsifican la experiencia real; quien defiende, creativamente, el lenguaje del pueblo proporciona elementos fundamentales para ir a fondo en lo que se vive; a la identidad de belleza y verdad no se puede llegar fiado sólo en los mitos.

En 1914 Henríquez Ureña escribe desde La Habana: “Me he convencido, con tristeza, de que soy superior en la vida a lo que soy escribiendo. Tengo que cambiar, ya sabes que me lo propuse”. Nada de igualar con la vida el pensamiento. Sólo hay una meta significativa: la realización de obras maestras. De esta meta agobiante se desprende la comprensión unificada de la creación y de la crítica, de la investigación y de la divulgación.



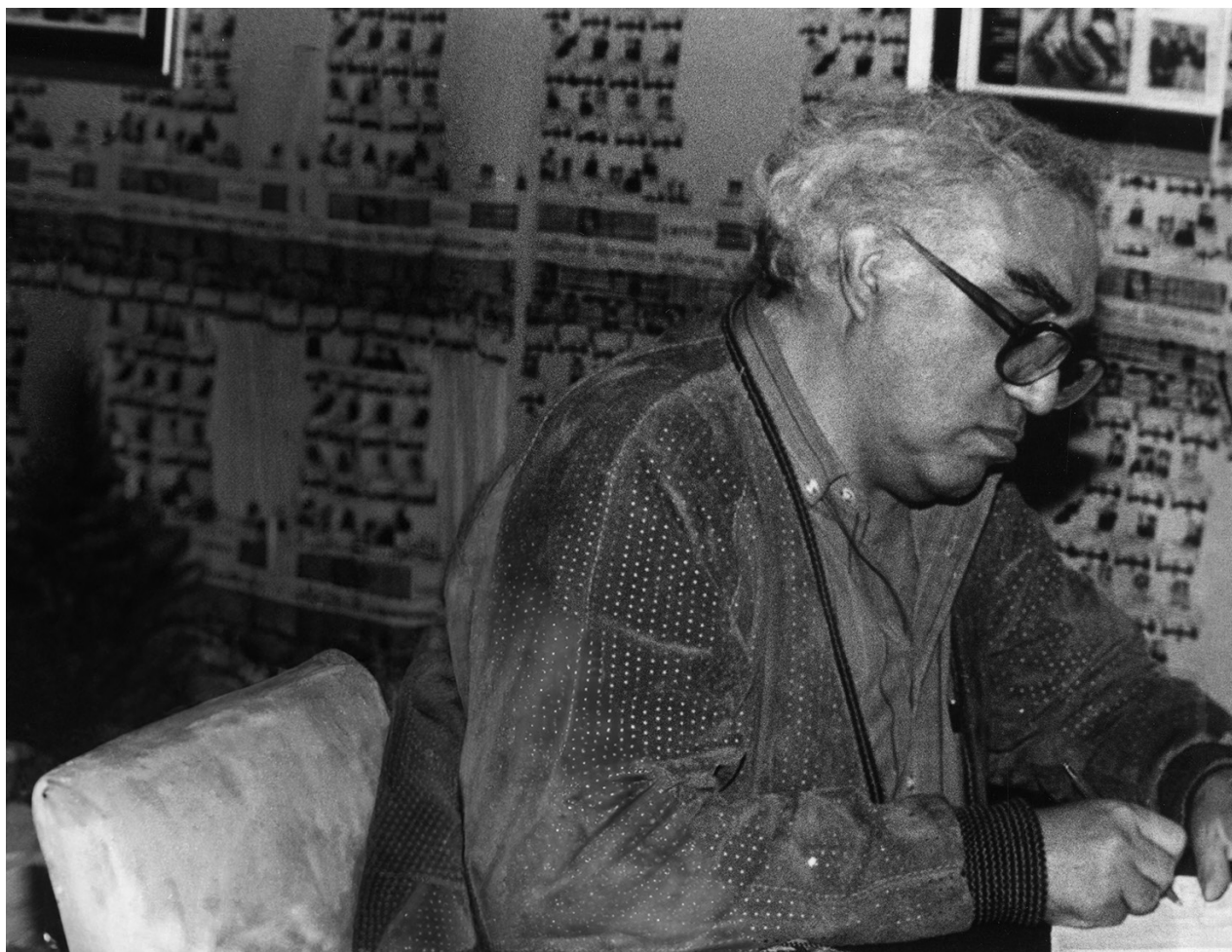


Foto: Carlos Monsiváis en 1988. Archivo Gráfico de *El Nacional*, Fondo Personales, sobre: 02034 (004). Secretaría de Cultura-FOTOTECA-INEHRM.

## La utopía del grupo

En 1908, en la Ciudad de México, el Ateneo de la Juventud es el intento más brillante de autonomía frente al régimen de Porfirio Díaz. Esto se inicia en la elección de temas y estilos literarios y en la celebración del humanismo. Como muchos otros proyectos intelectuales del siglo, de Bloomsbury a *Contemporáneos*, de *Sur* a *Orígenes*, el del Ateneo exalta el “banquete platónico” como el paradigma del diálogo, y define el sitio central de las ideas como rechazo del mundo circundante. Una es la encomienda: exceptuarse del atraso, salvarse de la mediocridad intelectual que es el destino en los países periféricos.

¿Quiénes son los ateneístas? Reyes, Henríquez Ureña, Vasconcelos, Martín L. Guzmán, Jesús T.

Acevedo, Torri, Antonio Caso, Alfonso Cravioto, Ricardo Robelo. Son hijos de la clase media porfiriana, convencidos por situación y formación de su natural pertenencia a la élite del poder, y de su elogiada inmunidad ante la barbarie. Es tan arduo ser intelectual en tierra de indios y caciques, de burgueses analfabetas y declamadores del Espíritu, que es preciso hacer de la posesión del conocimiento una certeza victoriosa: lo que a nosotros preocupa les atañe a muy pocos; lo que a nosotros nos incumbe es lo único importante.

En las postrimerías del Porfiriato, el Ateneo de la Juventud es la promesa: una cultura al orden del día, según se vive en Londres o París. Es tal la excepcionalidad que años después Reyes y Vasconcelos verán en este desempeño generacional el antecedente cultural directo de la revolución.



CARLOS MONSIVÁIS  
Nuevo Catecismo  
para Indios Remisos



LÁMINAS DE FRANCISCO TOLEDO



Esto no me resulta muy comprobable. El Ateneo de la Juventud se presenta en público con una manifestación adversa al periodista Manuel Caballero que quiso usar el nombre de la revista *Azul*, de Manuel Gutiérrez Nájera. Los ateneístas protestan y el *establishment* los bendice. Así lo cuenta don Alfonso:

Por 1907, un oscuro aficionado quiso resucitar la revista *Azul* de Gutiérrez Nájera, para atacar precisamente las libertades de la poesía que proceden de Gutiérrez Nájera. No lo consentimos. El reto era franco, y lo aceptamos. Alzamos por las calles la bandera del arte libre. Trajimos bandas de música. Congregamos en la Alameda a la gente universitaria; los estudiantes acudieron en masa. Se dijeron versos y arengas desde el kiosco público. Por primera vez se vio desfilar a una juventud clamando por los fueros de la belleza, y dispuesta a defenderla hasta con los puños. Ridiculizamos al mentecato que quería combatirnos, y enterramos con él a varias momias que andaban por ahí haciendo figura de hombres. Por la noche, en una velada, Urueta nos prestó sus mejores dardos y nos llamó “buenos hi-

jos de Grecia”. La revista *Azul* pudo continuar su sueño inviolado. No nos dejamos arrebatar la enseña, y la gente aprendió a respetarnos.<sup>2</sup>

Éste, el texto más severo de Reyes (“Pasado inmediato”) por otra parte, no informa de disidencia política, ni siquiera de mínimas heterodoxias. El Ateneo de la juventud encauzó su crítica dentro del orden, y su gran innovación fue la exigencia de rigor, no la resistencia al poder. Así, su otro gran acto es en memoria de Gabino Barreda, el implantador del positivismo. *El Imparcial* se sorprende “ante aquellos nietos descarriados del positivismo que, sin embargo, confesaban su solidaridad con la obra liberal de Barreda”. Y Reyes añade: “En el orden teórico no es inexacto decir que allí amanecía la Revolución”. La afirmación, un tanto controvertible, ignora por ejemplo la acumulación teórica y la condición rebelde de los anarcosindicalistas de Ricardo Flores Magón. Sin embargo, Reyes cree estar diciendo la verdad. Él no cree en revolución alguna, ni le interesa. Lo suyo es la armonía civil y la construcción de su propia obra. A eso se dedica y eso puede hacer, y para él *revolución* es vocablo despojado de su connotación violenta, y casi sinónimo de *institucionalidad*.

Los ateneístas serán mitificadores formidables de su acción colectiva, con la excepción de Vasconcelos, que en sus memorias no le atribuye demasiado valor al grupo y se concentra en la mitificación individual. Si elogia el esfuerzo intelectual, es con tal de hallarlo mediocre, sin alma: “Todos mis compañeros escribían a base de citas y entrecomillados. Los libros del propio Caso dan fe de esta tendencia erudita. Los literatos de mi grupo no se decidían a escribir, por ejemplo, una novela; se gastaban en comentarios y juicios de la obra ajena a lo Henríquez Ureña, que les hacía de maestro.”<sup>3</sup>

Los otros son mucho más generosos. Por ejemplo, Martín Luis Guzmán alaba el afán de especialización del grupo, su desdén por el “genio

<sup>2</sup> Alfonso Reyes, “Pasado inmediato”, en Alfonso Reyes, *Obras completas* (AROC), México, Fondo de Cultura Económica, t. 12, pp. 207-208.

<sup>3</sup> José Vasconcelos, *Ulises criollo*, México, Botas, 1935, p. 272.

improvisado”, su método de trabajo: “Semanariamente nos reuníamos en la biblioteca de Caso, donde leíamos y comentábamos libros fundamentales. Éramos grandísimos lectores, grandes conversadores: nos comunicábamos impresiones y analizábamos nuestras ideas. Todo nos preocupaba. Éramos muy serios”.<sup>4</sup>

Si se pone entre paréntesis la tendencia a rescatar el pasado personal como hazaña nacional, resulta innegable la gran aportación del Ateneo de la Juventud. No los únicos, pero sí los involucrados en el intento más significativo, los ateneístas se dirigen a versiones rigurosas y sólidas de la cultura occidental. Obligadamente librescos, entusiastas del ideal del simposio platónico, preservan en sus años de grupo la utopía del conocimiento y, algo fundamental, reivindican el humanismo a través del amor a los textos griegos, del redescubrimiento de España y el descubrimiento de Inglaterra, de la insistencia en “la siempre amable y amada Francia”.

### “Y el que quiera saber quién soy...”

Al sobrevivir la revolución, Reyes se hace a un lado. No tiene manera (personal, familiar o intelectual) de entenderla en sus términos. En 1911, le escribe a Henríquez Ureña: “Estamos solos Caso y yo, nos parece que se ha derrumbado el mundo y los dos nos hemos hallado sentados en la cúspide de la pirámide de escombros”. Si algunos de sus compañeros intervienen en política (Caso apoya la reelección de Díaz, Vasconcelos y Guzmán son maderistas), Reyes se aferra a su ideal literario, al que le entrega todo el tiempo disponible.

El proceso de Reyes es desigual o contradictorio. Pretende por un tiempo seguir como si la revolución no ocurriese, inmerso en lecturas y espectáculos y conferencias. En abril de 1911, le escribe a Henríquez Ureña comunicándole su proyecto de hablar sobre el teatro de la Monja Hrosvitha. Y el 6 de mayo de 1911, su confesión es casi desesperada:

<sup>4</sup> Emmanuel Carballo, “Martín Luis Guzmán”, en *Protagonistas de la literatura mexicana*, México, SEP, 1986, p. 78.



Foto: Carlos Monsiváis en 1965. Archivo Gráfico de *El Nacional*, Fondo Personales, sobre: 02034 (003). Secretaría de Cultura-FOTOTECA-INEHRM.

Estoy triste: me aflige mucho la situación de mi padre y veo que se desvanece la esperanza que tenía, que he tenido desde hace mucho, de vivir a su lado cómoda y felizmente, siquiera dos años. No sé ya lo que será de nosotros. Me parece que voy a tener que perder mucho tiempo de mi vida en resolver cosas inferiores y que volveré a *sacar la cabeza* dentro de varios años. Quisiera salirme de México para siempre: aquí corro riesgo de hacer lo que no debe ser el objeto de mi vida. Como no tengo entusiasmos juveniles por las cosas épicas y políticas, ni la intervención *yankee*, ni los conflictos me seducen gran cosa. Preferiría escribir y leer en paz y con desahogo.

El otro heroísmo: la persistencia, la defensa de la vocación, el resguardo del objetivo de una vida. Reyes, que se conoce bien, tiene razón en lo que a él respecta, y sin embargo lo entusiasma la creación de la Universidad Popular, cuando “un secreto instinto nos dice que pasó la hora del Ateneo”:



Foto: Carlos Monsiváis en 1968. Héctor García/Archivo Gráfico de *El Nacional*, Fondo Personales, sobre: 02034 (009). Secretaría de Cultura-FOTOTECA-INEHRM.

El cambio operado a la caída del régimen nos permitía la acción en otros medios. El 13 de diciembre de 1912, fundamos la Universidad Popular, escuadra volante que iba a buscar al pueblo en sus talleres y en sus centros, para llevar, a quienes no podían costearse estudios superiores ni tenían tiempo de concurrir a las escuelas, aquellos conocimientos ya indispensables que no cabían, sin embargo, en los programas de las primarias.<sup>5</sup>

<sup>5</sup>“Pasado inmediato”, *op. cit.*, p. 213.

El compromiso dura poco. En 1913, cimbran a Reyes el cuartelazo de Victoriano Huerta, los asesinatos de Madero y Pino Suárez, y la muerte trágica de su padre. Hoy, desprestigiadas al máximo las condenas del realismo social (“Reyes, extranjerizante, elitista”), es la piedad filial la hipótesis más favorecida para explicarse el alejamiento de Reyes del juicio o de la opinión políticos. De diversas maneras, se asume que para don Alfonso la historia cesó el 9 de febrero de 1913, en el instante en el que el general Bernardo Reyes muere acribillado en su



ataque suicida a Palacio Nacional. El mismo don Alfonso algo similar admite en su bellísima *Oración del 9 de febrero*: “Aquí [ese día] morí yo y volví a nacer, y el que quiera saber quién soy que se lo pregunte a los hados de febrero. Todo lo que salga de mí, en bien o en mal, será imputable a ese amargo día”<sup>6</sup>.

Sin menospreciar el argumento, no es muy verificable en el proceso de Alfonso Reyes. A él le importaba en demasía la figura paterna, pero su actitud básica estaba ya definida antes del 9 de febrero. Se había propuesto ser un escritor, alguien marginal a la historia, y la desaparición de su padre no modificó su elección. Y lo que sigue lo comprueba. Por dignidad, rechaza de inmediato el puesto de secretario de Huerta y, por ansiedad, acepta en 1913 un puesto muy menor en París. En sus cartas a Henríquez Ureña, Reyes evidencia la voluntad de pertenecer a otra realidad, lo que incluso lo conduce a la autoflagelación psíquica. Escribe el 6 de noviembre de 1913:

Y París pasa delante de mis ojos sin dejarme la menor enseñanza porque los conflictos espirituales son demasiado vivos hoy para mí, y me borran la relativa existencia del mundo exterior. Tenía que ser: a mí todo me sucede en condiciones *contrarias*, todo me resulta al revés. Ser crítico es no ser hombre. Ser creador de la vida, es estar fuera de ella. (No se puede repicar y andar en procesión).

Con perseverancia, Reyes quiso ocultar (y quizás en ocasiones ocultarse), sus ideas profundas, guiado por aquellos “pactos con la posteridad”, que le indujeron a facilitarle la tarea a sus biógrafos con su estrepitosa *Historia documental de mis libros*. Pero en su generación, es Reyes quien con más ahínco acepta la tesis del Escritor como-Hombre-Nuevo que acompaña y le da voz (forma) a la Nación Nueva. Y esto es un homenaje directo e indirecto a la Revolución mexicana, a la que asimila de distintas maneras. No hay entre los escritores partidarios de la revolución un plan de reconstrucción moral tan nítido como el de Reyes. Él lo afir-

<sup>6</sup> Alfonso Reyes, *Oración del 9 de febrero*, México, Era, 1963, p. 22.

mó sin que los demás le creyeran del todo: “Entre nosotros no hay, ni puede haber torre de marfil [...] [la propia es] el trabajo intelectual como un servicio público y como un deber civilizador”.

Reyes asume de manera sistemática el sentido misional de los ateneístas, promovido con intención épica por Vasconcelos en sus años de secretario de Educación Pública. Sólo quien se prepara con rigor divulgará con amenidad. Esta línea de conducta explica el carácter fragmentario de gran parte de la obra de Reyes, integrada por recopilaciones. Escribe para los periódicos, porque allí, y no en el territorio mucho más restringido del libro (hasta fechas muy recientes, un privilegio forzado de las élites), los intelectuales pueden cumplir en un país donde se lee poco, con su servicio público y deber civilizador. Y también por lo mismo, Reyes cree en el libro, el objeto que preserva y solidifica el impulso del pensamiento.

### La utopía individual

A lo largo de su estancia en París, en Madrid, en Río de Janeiro, en Buenos Aires, Alfonso Reyes afina el sentido de su trabajo. Si la literatura explora y encumbra el proceso civilizatorio, no hay tarea más alta que la creación, la difusión y el disfrute de las obras maestras del espíritu, que la enseñanza y la actualización de los clásicos, que la ubicación de la armonía que eliminará la intolerancia. Cuando él escribe: “Todo lo sabemos entre todos”, pregona su punto de vista: nadie posee las claves enteras del saber, todos somos indispensables.

En 1938, publica uno de sus textos fundamentales, *Homilía por la cultura*,<sup>7</sup> alegato que es protesta contra las aberraciones de los especialistas. Allí Reyes pide equilibrar el tiempo para la acción y el tiempo para la contemplación; confía irónica y piadosamente en que un vistazo diario al reino de la cultura nos libtará de accidentes y desgracias; define a la cultura como función unificadora; rechaza la división de ciencia y humanismo; ad-

<sup>7</sup> Alfonso Reyes, “Homilía por la cultura”, en *AROC*, t. 11, pp. 204-221.





vierte el carácter heroico de la sed de conocimiento, en un medio que no lo alienta; se pone —en su rápida visión de Brasil— como modesto ejemplo de “cómo un simple aficionado a las letras puede hallar también sus alimentos en los cuadros estadísticos, las listas de precios y los conocimientos de embarque”, y elogia a la imaginación, electricidad esencial del espíritu que todo lo entiende y vivifica.

El respeto al proyecto civilizador se transparenta a lo largo de la obra de Reyes, incluso en momentos tan fallidos como la *Cartilla moral*, la caída en el paternalismo. A tal punto le interesa la encomienda de ilustrar, de proporcionar resúmenes útiles y amenos de la historia y la literatura que centra la moral del escritor en el diálogo con el lector. Antiautoritario en la forma, a Reyes el deber civil lo obliga a intensificar la claridad expresiva, porque la oscuridad es signo del desorden mental que es barbarie. Aquí se manifiesta la razón profunda (“mi único anhelo”) de Reyes: la lealtad a la vocación, que persiste en un medio que no lo consiente, colmado de los “enemigos de la promesa”, de las dispersiones que Ciril Conolly catalogó: la burocracia, el periodismo, la ideología, la política.

Ante la política y, en buen grado, ante la intensidad literaria, Reyes fue un descreído, un escéptico y por eso lo increparon los realista-socialistas, como lo hubiesen mal interpretado los surrealistas. Pero, y en esto fue extraordinario, Reyes vivió casi antes que nadie la secularización como atmósfera inevitable, y mantuvo esa actitud el resto de su vida, a diferencia, por ejemplo, de Vasconcelos, que va del catolicismo a la religión educativa, y de allí, con agresividad rencorosa, a la ultraderecha católica. Reyes es definitivamente laico, y al renunciar sin estruendo a los “sobornos del cielo”, se adapta sin problemas a las tareas del siglo. En la versión de Reyes, ser laico es vivir cordialmente la cultura, sin premuras y sin pausas; ser laico es depositar en el saber la redención histórica de las naciones; ser laico es comprender los puntos de vista, las demandas, las búsquedas formales, los juicios ajenos. Escribe a Emmanuel Carballo el 13 de febrero de 1959:

Y voy a revelarles un secreto, querido Emmanuel, y entienda usted bien que es secreto y no se lo cuente más que a sus íntimos: para quien se ha pasado la vida estudiando las principales literaturas a través de los siglos, lo más difícil es no entender en el sentido de no aceptar; pues ése ha visto ir y venir los cambios de asuntos y de maneras, y sabe que todos esos cambios responden —hasta cuando son más inusitados y extravagantes— a una íntima necesidad.<sup>8</sup>

### La función unificadora de la cultura

Reyes, tan opuesto a condicionamientos y normas, abundó en indicaciones sobre lo constructivo y lo positivo. Él, aparentemente inmune a la historia de su tiempo, analizó sin cesar —aunque siempre en tono de aparente digresión— las condiciones del escritor y la forja del público, resumiendo oblicuamente su idea del proceso nacional. Así, afirma en *Última Tule*:

<sup>8</sup> Carballo, “Alfonso Reyes”, en *op. cit.*, p. 150.

El escritor tiene aquí mayor vinculación social, desempeña generalmente varios oficios, raro es que logre ser un escritor puro, es casi siempre un escritor “más” otra cosa u otras cosas. Tal situación ofrece ventajas y desventajas. Las desventajas: llamada a la acción, la inteligencia descubre que el orden de la acción es el orden de la transacción, y en esto hay sufrimiento. Estorbada por las continuas urgencias, la producción intelectual es esporádica, la mente anda distraída.<sup>9</sup>

Reyes se propuso ganar tiempo, y, sobre todo, seguridades psicológicas y culturales para un escritor, él mismo, y ésta fue su manera modesta y soberbia de ganarle espacio a la civilización. Con todo, el suyo no fue proyecto individual. Quien careció de temperamento ostensiblemente religioso, y se mantuvo alejado de la fe tradicional y de la mitificación de la Patria y el Pueblo, vivió hasta el extremo la creencia en el saber colectivo, y esto lo impulsó a recrear culturas, temperamentos artísticos, civilizaciones. En un medio cerradamente antiintelectual, de minorías semiilustradas y mayorías analfabetas, que coinciden en una creencia (los ilustrados son apologistas explícitos o implícitos de la perversidad), Reyes deseó encarnar al hombre de letras universal, que le agrega a la nación dimensiones universales. Por eso, con insistencia, trazó el sueño civil donde la armonía (las leyes de la estética) engendrará la formación moral.

Así enunciado, el proyecto es por lo menos confuso. Pero Reyes, un liberal que no se declaraba tal por miedo a las clasificaciones, amplió en sus mensajes la esencia de los ideales juveniles, coincidentes en varios puntos con los que Vasconcelos deseó implantar en la Secretaría de Educación Pública. De manera literal, Reyes confió en el poder de los ideales clásicos. Si Vasconcelos repartió libros de Homero, Dante, Goethe, Tolstoi, Plotino o Plutarco, para darle al Estado la fundamentación humanista que mostrara su nivel internacional, Reyes confió en la correa transmisora de la latinidad y de la cultura griega. Sin eso no habría cultura, porque las raíces iluminan el desenvolvimiento. Si la in-

<sup>9</sup> Alfonso Reyes, “Última Tule”, en *AROC*, t. 11, p. 85.



Foto: Carlos Monsiváis en 1972. Héctor García/Archivo Gráfico de *El Nacional*, Fondo Personales, sobre: 02034 (007). Secretaría de Cultura-FOTOTECA-INEHRM.

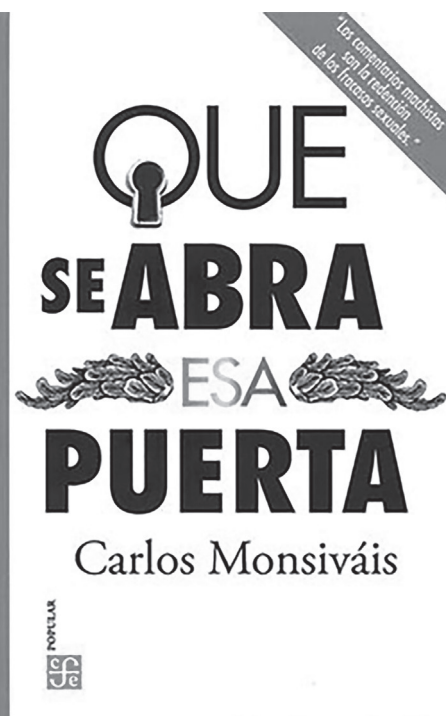
teligencia fabrica ciudades, la cultura nutrida por Grecia y Roma es la vía del desenvolvimiento confiable. “No olvidéis que un universitario mexicano de mis años sabe ya lo que es cruzar una ciudad asediada por el bombardeo durante diez días seguidos, para acudir al deber de hijo y de hermano, y aun de esposo y padre, con el luto en el corazón y el libro escolar bajo el brazo”.

Recuerda a Ricardo Gómez Robelo que en los campamentos revolucionarios traduce a Elizabeth Barret Browning. ¿Y qué leería él mismo durante la Decena Trágica? Si como Pascal, está seguro de que nosotros contenemos al universo por el espíritu, también rinde tributos pasajeros a las fuerzas terrenales, y por eso, en el segundo milenario del poeta latino, produce su “Discurso por Virgilio”, ese bello texto que, en su primera versión, herma-

# CARLOS Monsiváis

Maravillas que son,  
sombras que fueron

LA FOTOGRAFÍA EN MÉXICO



na abiertamente la reforma agraria del presidente Plutarco Elías Calles y la lectura de las *Geórgicas*. Allí Reyes es sincero al extremo: “Tomar partido es lo peor que podemos hacer. Es mucho más legítima la esperanza en ‘la raza cósmica’ de Vasconcelos; la fe en ‘la cultura humana’ de Waldo Frank. Adoptémoslo todo y tratemos de conciliarlo todo. Aquello en que no haya conciliación será equivocado y de ello podremos prescindir a la izquierda y a la derecha.”<sup>10</sup>

Él lo repitió: “Todo lo sabemos entre todos, ¿por qué dividirse? El deseo de no tomar partido es algo más que escapismo o miedo a la violencia. Sí, y sobre eso el propio “Discurso por Virgilio” no deja duda, ha tomado el partido del Estado, lo que pretende es aportarle al Estado su certidumbre (“la cultura es una función unificadora”) y comunicarle a la sociedad su horror a las banderías, que surge de la experiencia del intelectual en México, expulsado o burlado cada vez que toma partido. Y no es esto lo peor: la posición de los intelectuales ha fomentado desdichada-

mente al antiintelectualismo que será muchas cosas (machismo, miedo y desprecio al conocimiento, pavor ante la idea de un pueblo alfabetizado), pero que responde también a una equivocada y funesta *toma de partido* de quienes encarnan el conocimiento. Por eso, la democracia será principio a la vez concreto y abstracto, y el eclecticismo elaborará sintéticamente la concordia. “Si válidos —dice en la que quizá es su frase más citada— de nuestro leve peso histórico y hasta de haber sido convidados al banquete de la civilización cuando ya la mesa estaba servida”.

Reconoce la condición de *periféricos*. Para transformarla en ventaja, conviene el ideal clásico. Aquí su utopía conoce el límite y se le debe entender literalmente, por ser el momento más débil y más poderoso ideológica y utópicamente de la producción de Reyes, y que no es, aunque así lo parezca, postura demagógica. Reclama la posesión de Virgilio (de toda la cultura) y, sin revestirse de profeta, vaticina lo que no se dio ni podía darse, la vuelta al campo, el retorno a lo agrario presidido y no como metáfora, por la lectura de Virgilio: el orbe latino devuelve al hombre su lugar, en la *Eneida*

<sup>10</sup>“Discurso por Virgilio”, en *AROC*, t. 11, p. 172.

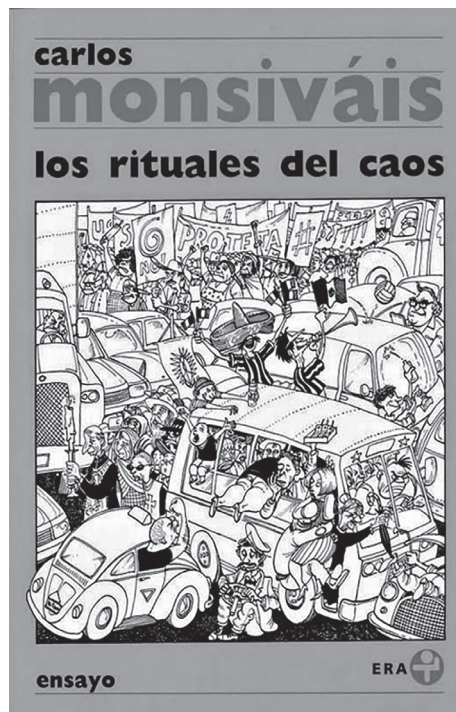


se inicia todo sentimiento nacional, la lectura de Virgilio es fermento para la noción de Patria, dotar a los niños con Virgilio es alimentarlos con médulas de león, el espíritu de Virgilio parece iluminar el cuadro de nuestra política agraria y —el sueño fabril va en ascenso— nada tendría de extraño que se recomendara en las escuelas agrícolas —y de modo general en las escuelas primarias— la lectura de las *Geórgicas* para despertar en la mente de los niños la vocación del campo. Y concluye su *strawberry fields forever*: “Sobre la comarca recién desgarrada por las guerras civiles, como alta predicación de concordia, de unidad y de amor al trabajo, ruedan las ondas cordiales de las *Geórgicas*”.<sup>11</sup>

No es extraño que quien se sintió Eneas al salir en 1913 de México rumbo a Europa, elija a Virgilio para este sueño enloquecido, desde el punto de vista de la realidad agrícola y política de México en los años treinta. Pero así no sea Reyes un pensador político, tiene razón a su manera, ahora lo sabemos casi demasiado tarde. El problema no es inundar las escuelas con Virgilio, sino la humanización del medio rural y de los ideales clásicos. Reyes pide sin aspavientos y sin insistir en la modificación del proyecto triunfante de nación que se incluya al conocimiento, que se vea en los intelectuales no a un ornamento sino a la conciencia civilizadora y a la presencia de la moral. No se le hace caso ni en México ni en sitio alguno, y él, pasada la fiebre del “compromiso” de los treinta, se aleja de la gran prédica y de vez en vez insiste en la reformulación de la utopía. Ése es su gran alegato. O la función unificadora de la cultura o... y aquí se calla.

Las utopías de Reyes son obligadamente nacionalistas, y enunciadas sin convicción urgente, algo ajeno a su temperamento y al mínimo criterio de realidad. Él, a quien tantos llamaron *descastado*, quiere probar que la casta no radica en el apego sino en la amplitud de la visión del mundo. Hay que conocer, orientar, organizar la tradición (en una palabra, inventarla), y en esta religiosidad cultural que es principio moral, conviene imprimirles fuerza a los trabajos de una minoría de escritores y pensadores.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 175.



Y decir que todo esto no importa al pueblo —arguye defensivamente— es tan pueril como querer otra vez que la ciencia sea privilegio de una casta sacerdotal; como esperar que el pueblo aprenda sin tener maestros que lo enseñen; como pretender que el pueblo abandone las urgencias vitales para inventar por su cuenta la cultura; como soñar que las grandes orientaciones nacionales hayan de caer solas sobre la muchedumbre, desde las alturas de no sé qué fabuloso Sinaí, sin la obra de investigadores que consagran a buscarlas y a interrogarlas sus estudios, sus vigiliias, su vida toda.<sup>12</sup>

Es conmovedor, por heroico, el esfuerzo de Alfonso Reyes. Y no deja de ser comprobación melancólica nuestra necesidad actual de traducirlo, de ver en él un mucho mayor arraigo del que le supusimos, sólo que discreto, a la defensiva. Hoy sabemos que su mayor drama público no fue la muerte violenta de su padre sino la condición del escritor calificado de “apátrida” por el antiintelectualismo, en un país juzgado “bárbaro” o “atrasado” por los

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 160.



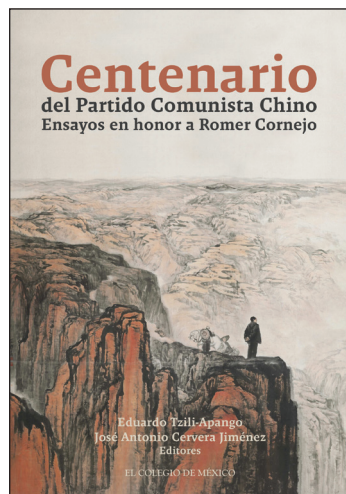
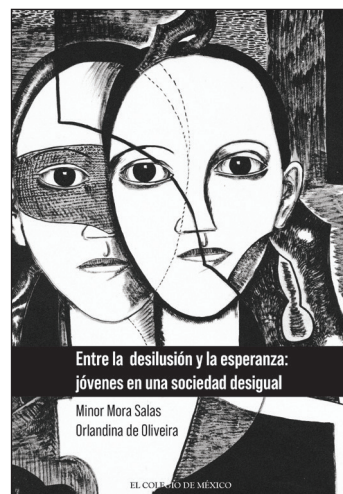
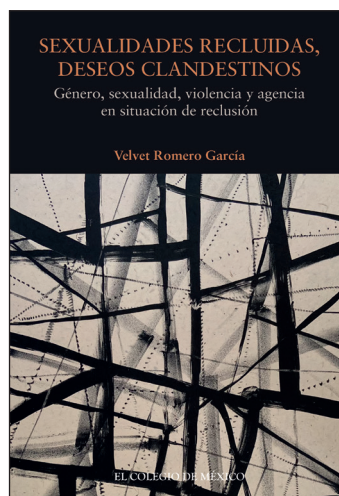
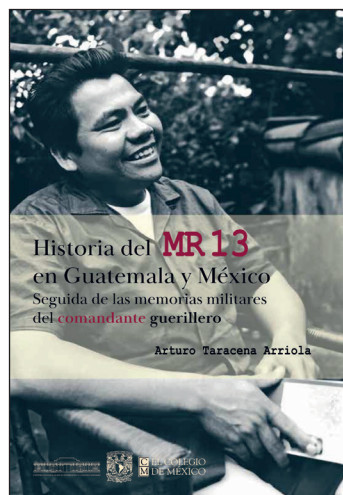
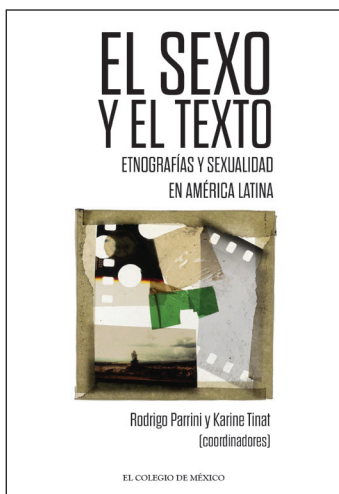
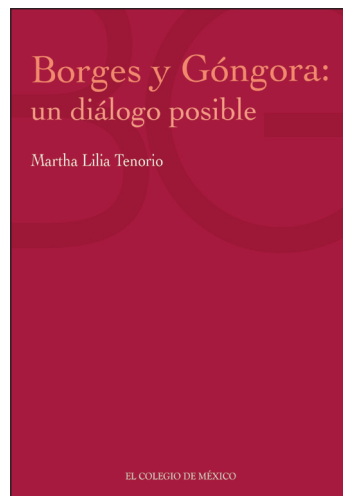


criterios en los que él creía. Reyes quiso asirse de lo nacional no como orientación intelectual, sino en tanto principio de entendimiento de la realidad, y lo opuso frente al autoritarismo. Quiso hacer —con grave modestia y necesaria inmodestia— las veces de puente entre Occidente y México, y mucho consiguió pese a la desmesura del intento, pero Occidente (lo que él así consideraba) apenas lo percibió. Era demasiado el peso de la arrogancia colonial, como se ve en la línea despreciativa que a su obra dedicó José Ortega y Gasset: “gestecillos de aldea”. Quiso ser leído y sus obras completas resultaron un mausoleo poco accesible para el lector común que somos todos.

Mucho nos queda de esa “comedia de las equivocaciones”. En el caso de Reyes, la prosa es proposición civilizadora en sí misma. La idea de Valéry que cita Cardoza: “La sintaxis es un don del alma”, en Reyes se vuelve la incorporación del lector al proceso del pensamiento del escritor. Don Alfon-

so vertió una cultura general en un público particular, y quiso hacer de la claridad expresiva una función ciudadana. Todo, también, lo ignoramos entre todos, pero a la cultura de habla hispánica la enriqueció vastamente este prosista deslumbrante que facilitó el tránsito de lo eclesiástico a lo secular, al llevar a la práctica una idea: a la pérdida de la fe religiosa (o si no se quiere hablar de pérdida, a la integración de la fe en el mundo), la sustituye la edificación de perspectivas civilizadoras. Por eso don Alfonso habría hecho suya la oración de Milton en *Paradise lost*:

Tratemos de establecer  
 qué fuerzas nos pueden dar  
 nuestras ilusiones;  
 y si no, qué resolución  
 nuestra desesperanza. ❧



**El Colegio de México, A. C.,**  
Dirección de Publicaciones,  
Carretera Picacho Ajusco 20,  
Ampliación Fuentes del Pedregal,  
14110, Ciudad de México  
Para mayores informes:  
Tel. 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,  
o correo electrónico:  
elibro@colmex.mx